

LA HUMILDE GRANDEZA
DE LA MUERTE
DEL PADRE D'ALZON
Pierre TOUVENERAU

Roma 200

ítulo original:

L'Humble Grandeur de la Mort du P. D'Alzon

Pierre TOUVENERAUD, A.A.,

Série Centenaire, N. 2, Maison Généralice,

Roma 1980.

Traducción:

P. Juan Donoso Zavala, a.a.,

Santiago de Chile.

Maquetación, diseño y revisiones:

Loredana Giannetti, Julio Navarro, a.a.

Cubierta:

Boceto a lápiz del Padre d'Alzon en su lecho de muerte,
de Jules-Gaspard *Rastoux*, profesor de dibujo del Colegio de Nimes
(voir *Lettre à la Dispersion*, 1927, N° 240, pág. 238).

Agustinos de la Asunción, Casa Generalicia,

Roma, octubre de 2007, 300 ejemplares.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
DOCUMENTACIÓN	3
Efemérides	3
Correspondencia	4
Documentos varios	4
Recortes de prensa	4
CRONOLOGIA	5
DESPEDIDA Y MUERTE DEL P. d'ALZON BAJO LAS AMENAZAS DE EXPULSIÓN	8
Un año crucial y desastroso	9
El P. Picard Vicario General	11
La Santa Unción	14
Despedida del P. d'Alzon	18
La lenta y apacible agonía	22
Muerte del P. d'Alzon	23
EXEQUIAS DEL P. D'ALZON Y FUTURO INMEDIATO DE LA ASUNCIÓN	24
Velorio fúnebre	24
Las exequias	26
La sepultura	28
El Capítulo General	29
Decisiones inmediatas	30
Celebraciones en sufragio del P. d'Alzon	32
Partida para España	35
HOMENAJE A LA MEMORIA Y A LA OBRA DEL P. D'ALZON	36
Artículos de prensa	36
<i>Prensa de la Asunción</i>	36
<i>Prensa parisina</i>	38
<i>Prensa local</i>	39
Cartas de la Asunción y de los amigos de la Asunción	41
<i>Carta pastoral de monseñor Besson</i>	41
<i>Religiosos de la Asunción</i>	43
<i>Congregaciones femeninas de la Asunción</i>	44
<i>Otras Congregaciones femeninas</i>	46
<i>Ex-alumnos de la Asunción</i>	47
<i>Sacerdotes y laicos</i>	48
Cartas de superiores religiosos y de personalidades eclesiásticas	50
<i>Superiores religiosos</i>	50
<i>Los Obispos de Francia</i>	51
<i>Fuera de Francia y en Roma</i>	54
<i>La estima de León XIII</i>	55
CONCLUSION	56

INTRODUCCIÓN

La celebración del centenario de la muerte del P. d'Alzon está pidiendo un homenaje a esta misma muerte, acontecida al término de una vida plétórica de labor apostólica, plenamente puesta a disposición de Dios y sometida a su voluntad.

Ciertamente las diversas biografías del P. d'Alzon (Siméon Vailhé, 1934; Polyeucte Guissard, 1935; Adrien Pepin, 1950; Gaétan Bernoville, 1957, etc.), nos dicen lo esencial del acontecimiento, donde culmina -tal como lo escriben ellos- una vida consagrada a la defensa de la Iglesia en los diversos frentes donde era más atacada en esos tiempos. Quien estuvo hasta el final en la brecha, murió en el campo de honor, pero -agregan- en el fracaso aparente de una obra totalmente precaria.

La historiografía contemporánea aporta nuevas luces al contexto de este último combate. Louis Caperan habla de los comienzos amenazantes del laicismo francés (*Histoire*

contemporaine de la laïcité française, I, París, 1957). Jacques Gadille, frente a un brutal cambio de coyuntura en el breve período que va de 1870 a 1883, presenta *La pensée et l'action politique des évêques français au début de la IIIe République* [*El pensamiento y la acción política de los obispos franceses a comienzos de la Tercera República*] (I, II, París, 1967). Yves Marchasson ve, a partir de 1880, la puesta en marcha por parte del sucesor de Pío IX de un primer ensayo de conciliación entre la Iglesia y la República anticlerical (*La diplomatie romaine et la République française à la recherche d'une conciliation, 1879-1880* [*La diplomacia romana y la República francesa en búsqueda de una conciliación, 1879-1880*], París, 1974). Emile Poulat denuncia la explicación clásica y fácil de las oposiciones contrapuestas: izquierda laica y derecha clerical, movimiento y reacción, revolucionarios y conservadores, católicos liberales y católicos ultramontanos, y describe un “catolicismo integral” de múltiples matices, frente al “laberinto de la modernidad” (*Eglise contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme actuel* [*Iglesia contra burguesía. Introducción al devenir del catolicismo actual*], París, 1977).

Teniendo en cuenta los conflictos políticos y religiosos de aquel entonces, desearíamos evocar la humilde grandeza de la muerte del P. d'Alzon, mirando este acontecimiento a la luz de una abundante documentación (unas 500 páginas dactilografiadas) que poseen los Archivos de la Congregación que él fundara: efemérides, correspondencia, documentos varios, recortes de prensa.

DOCUMENTACION

Efemérides

En 1860, la Congregación de los Agustinos de la Asunción tenía dos noviciados: uno en Sèvres, bajo la responsabilidad del P. Picard y vinculado a la residencia de la calle François Premier, y el otro en Nimes, establecido en el marco del colegio, pero con su autonomía propia; había sido instalado allí el 29 de septiembre de 1879. Se tomó una fotografía en la cual se ve al P. d'Alzon envejecido, rodeado de sus novicios y de sus religiosos, con la presencia del P. Galabert, llegado de Oriente ese año, lo que permite fechar esta fotografía en 1879 y no en 1880 como lo hace el P. Vailhé (*Vie*, II, p.735).

Según la costumbre, desde la instalación del noviciado se abrió un “cuaderno de archivos” donde se irían inscribiendo los hechos sobresalientes de cada día en el transcurso del reglamento ordinario; eran más bien efemérides. Sin este cuaderno muchos detalles sobre el último año y sobre la muerte del P. d'Alzon habrían desaparecido de la memoria de la Asunción; gracias a él sabemos exactamente que al Padre le fue administrado el sacramento de la Unción el 3 de noviembre, y no el 5, como se dice en todas sus biografías. Encontramos también aquí esa atmósfera de oración apremiante y de doloroso afecto hasta su muerte y hasta la partida de sus novicios al exilio, el martes 7 de diciembre de 1880, en nombre de las leyes anticlericales del Gobierno. Esta fecha limita la perspectiva de nuestro trabajo.

Estas efemérides del noviciado de Nimes han sido utilizadas ya en un número de *Pages d'Archives*, bajo el título de *Il y a soixante ans déjà* [*Hace ya sesenta años*], fechado en Navidad de 1940, y que quedó en pruebas de imprenta. El número lleva la firma del P. Gery Delalleau (+ 1895) e incluye sólo la última parte. Este escrito debe ser atribuido al P. Ernest Baudouy (+ 1942), seminarista del “alumnado” de Alès, presente en los funerales del P. d'Alzon y que partió a España con los religiosos exiliados. Después de haber evocado la enfermedad y la muerte del P. d'Alzon continúa su relato como testigo hasta la instalación de los novicios en el convento de los Carmelitas de Osma, en España, el 23 de diciembre de 1880.

Correspondencia

En 1880, los Agustinos de la Asunción sumaban 43 profesos, de los cuales 23 eran sacerdotes, una quincena de novicios y algunos Hermanos coadjutores. Además de los dos noviciados ya mencionados, tenían dos centros importantes en Francia: el colegio o “Casa de la Asunción” de Nimes y la residencia de la calle François Premier en París, con sus obras de prensa y de peregrinaciones. Los otros religiosos estaban repartidos en las obras dedicadas a las vocaciones, que eran los “alumnados” de Mauville y de Clairmarais, situados no lejos del orfanato del P. Halluin en Arrás, y los de Niza, de Beaufort, de Alès y del Vigán, relacionados todos con el colegio de Nimes. Fuera de Francia, tenían dos centros de misión en Bulgaria: en Andrinópolis y en Filipópolis, bajo la responsabilidad del P. Galabert.

Las Religiosas de la Asunción, cuya fundadora, la Madre María Eugenia de Jesús Milleret, estaba en permanente comunicación epistolar con el P. d'Alzon, estaban presentes en diecisiete comunidades en Francia, Inglaterra y España. Las Hermanitas de la Asunción, cuyo fundador era el P. Pernet junto con la Madre María de Jesús Fage, contaban con doce fundaciones en Francia y una en Inglaterra. Las Oblatas de la Asunción, fundadas por el P. d'Alzon y confiadas a la Madre Emmanuel-Marie Correnson, además de la casa madre y de un internado en Nimes, tenían dos centros de misión en Oriente junto a los Padres en Andrinópolis.

Esta difusión de la familia de la Asunción, ligada por lazos de amistad o de dirección espiritual, explica el abundante correo llegado a Nimes desde las distintas comunidades pidiendo noticias y prometiendo sus oraciones.

A esta correspondencia de congregación se agrega la de la familia y de los amigos del P. d'Alzon. El conde de Puységur, su sobrino, casado con Clotilde de Quinsonas, y otros parientes más lejanos, quieren también ser informados con las últimas noticias. A sus más íntimos se agregan sus antiguos alumnos y profesores del colegio, que expresan sus sentimientos, y con mayor tristeza aún quienes no pueden desplazarse a Nimes.

Están también todos aquellos que en el mundo y en la Iglesia han conocido, amado y estimado al P. d'Alzon: laicos y sacerdotes de la diócesis de Nimes y de otras partes, personalidades religiosas y eclesiásticas de Francia y del extranjero, inclusive de Roma. Estas cartas, escritas con toda sencillez, tienen el valor de un testimonio personal y confirman la emoción que trasluce el texto de la carta pastoral que monseñor Besson, obispo de Nimes, dirigirá el 25 de noviembre al clero de su diócesis para honrar la memoria y la obra del P. d'Alzon.

Documentos varios

La muerte del P. d'Alzon fue la de un Fundador y de un Superior General. Era menester entonces que él mismo, en previsión del acontecimiento, y los suyos en un contexto de persecución, aseguraran el futuro inmediato de su familia religiosa y de las obras que deben continuar. De aquí resulta una nueva documentación que utilizaremos, compuesta por piezas varias que conciernen a la vida y a la supervivencia de la Asunción y de sus obras. Unas se refieren al nombramiento de un Vicario General; otras a la muerte y a los funerales del Fundador; y otras a la celebración del Capítulo General de elecciones y a las decisiones tomadas para conservar en Nimes el colegio de la Asunción y organizar en comunidades fuera de Francia a los religiosos sorprendidos por las medidas del exilio.

Recortes de prensa

La Congregación de la Asunción había entrado con pie derecho en el campo de la prensa por la transformación de *Le Pèlerin* en semanario ilustrado, en enero de 1877, y por la reanudación de la *Revue de l'enseignement chrétien*, en marzo de 1880, con el título de *La Croix. Le Pèlerin*, que sobrepasa los 50.000 ejemplares, dedicará un gran espacio a la muerte

del P. d'Alzon y la edición de diciembre de *La Croix*, cuya difusión es todavía limitada, estará enteramente consagrada a su memoria y a su obra.

Por otra parte, los religiosos de Nîmes se preocuparon de juntar los recortes de prensa: noticias concernientes a la enfermedad y a la muerte del P. d'Alzon, relato de sus funerales y artículos necrológicos. Con mayor investigación, se podría completar este archivo de prensa, pero es suficiente para demostrar en qué forma esta muerte fue presentada a la opinión pública por la prensa local e incluso por la prensa parisina, teniendo en cuenta el público a que estaban dirigidos esos periódicos: ambientes republicanos y laicizantes, y en Nîmes, ambientes católicos y protestantes.

Tomando entonces el acontecimiento de la muerte del P. d'Alzon en su contexto y sobre la base de una documentación de primera fuente, hablaremos sucesivamente de la despedida y de la muerte del Padre bajo las amenazas de expulsión, de sus funerales y del futuro inmediato de la Asunción, y de los honores rendidos a su memoria y a su obra hasta el 7 de diciembre de 1880, según lo hemos anunciado.

CRONOLOGIA

He aquí, casi día a día, la sucesión de los acontecimientos que van a desarrollarse durante el transcurso de la enfermedad, muerte y funerales del P. d'Alzon, desde el 11 de octubre al 7 de diciembre de 1880, con las precisiones que nosotros podemos aportar a la *Chronologie de la vie du P. d'Alzon* del P. Vailhé.

I. Consciente de su estado de salud, el P. d'Alzon nombra al P. Picard Vicario General

octubre

- Lu 11 El P. d'Alzon celebra su última misa por su madre, fallecida el 12 de octubre de 1860 (testimonio de la Madre María Correnson); luego, hacia el mediodía, se acuesta y permanece enfermo durante toda la semana.
- Ma 12 El P. Picard viaja de París a Nîmes, a donde llega el 13, para ver al P. d'Alzon, sin saber que estaba gravemente enfermo.
- Sa 16 Muere inesperadamente en Nîmes Eugène Germer-Durand, amigo del P. d'Alzon desde los orígenes de la Asunción, hecho que le afecta mucho.
- Lu 18 Funerales de Germer-Durand; el P. d'Alzon no puede asistir. Luis Allemand acepta tomar el puesto de Germer-Durand en el colegio, pero la Academia de Montpellier se opone.
- Ma 19 Leve mejoría en la salud del P. d'Alzon, que se levanta y hace algunas salidas en coche en los días siguientes.
- Ju 21 La Academia transmite la orden de enviar a los alumnos a sus familias. Informado y turbado por esta medida, el P. d'Alzon nombra al P. Picard Vicario General en presencia de los Padres Charles Laurent y Emmanuel Bailly.

- Vi 22 El P. Brun, superior del alumnado del Vigán, es informado de la decisión tomada. Ese mismo día, la señorita Cécile Varin d'Ainvelle es recibida por el P. d'Alzon: "Lo dejé, escribe, persuadida de que no nos volveríamos a ver en este mundo".
- Sa 23 En lugar del P. Bailly, superior del colegio, el P. Brun viaja a España para buscar allí, con la ayuda de las Religiosas de la Asunción de Madrid, un lugar de acogida para los novicios en caso de exilio.
- Ma 26 Visita de monseñor Vitte, obispo misionero en descanso, amigo del P. d'Alzon y de la Madre María Eugenia.
- Mi 27 El P. d'Alzon hace una corta aparición en el banquete de los ex-alumnos, para saludarlos y estrechar sus manos por última vez.
- Ju 28 Visita de la Madre Marie du Christ, antes de la partida del Padre a Lavagnac. El P. Picard regresa de Nimes a París. En caso de expulsión de Nimes, se prevén tres casas de refugio para los novicios.
- Vi 29 Habiéndose producido una crisis durante la noche, el doctor Combal desaconseja todo viaje: "El estado es muy serio, es un hombre destruido... Puede suceder una desgracia en cualquier momento". El Padre no va a Lavagnac.
- Sa 30 En Nimes, los Recoletos han sido expulsados y se sabe que el prefecto va a actuar rigurosamente contra la Asunción. El P. Picard llega a París para afrontar la situación de la calle François Premier y de Sèvres.
- Do 31 La Madre Marie du Christ escribe a la Madre María Eugenia: "El P. Emma-nuel me manda decirle que el P. d'Alzon está mucho peor. ¡Ah!, Madre, temo por el día de pasado mañana: esperan para ese día la expulsión".

II. La despedida del P. d'Alzon bajo las amenazas de expulsión

noviembre

- Lu 1 El estado de salud del P. d'Alzon "preocupa *mucho*".
- Ma 2 El doctor Combal dice: "El P. d'Alzon no tiene remedio".
- Mi 3 El P. Bailly administra al P. d'Alzon los últimos sacramentos, mientras se espera la llegada de los que van a descerrajar las puertas del colegio. A las 11,00 horas el Padre se levanta y recibe a la Madre María Correnson.
- Ju 4 "Aunque enfermo, el P. d'Alzon está mejor; se reza por él".
- Vi 5 Los religiosos de París y de Sèvres son expulsados. En Nimes, los novicios, que se habían escondido, se reintegran al colegio. (En Frigolet, cerca de Tarascón, la policía es puesta en jaque).
- Sa 6 En Nimes, pasan la noche en espera de la expulsión, con la presencia del obispo monseñor Besson. Dumaret, prefecto del Gard, ha nombrado a un alcalde que está a su merced, "un protestante rojo", y a un Consejo municipal de la "misma cuerda".
- Do 7 Llegada a Nimes del P. Picard y de la Madre María Eugenia.
- Lu 8 Ahora ya hay que pasar las noches junto al P. d'Alzon.
- Ma 9 "El P. d'Alzon ya no se levanta".

- Mi 10 Ha querido comulgar en presencia de toda la comunidad, pero no ha podido dirigirles la palabra.
- Ju 11 Se anuncia el nombramiento, hecho por el P. d'Alzon el 21 de octubre, del P. Picard como Vicario General. El P. Brun regresa de España.
- Vi 12 "Toda esperanza está perdida" respecto al P. d'Alzon.
- Sa 13 Decreto de expulsión dictado por la Prefectura contra los religiosos de Nimes. La medida será postergada gracias a la doble intervención del senador Baragnon ante J. Ferry, Presidente del Consejo, y de monseñor Besson ante J. Grévy, Presidente de la República.
- Do 14 A las 3 de la tarde, el P. d'Alzon recibe a la Madre María Eugenia, la bendice a ella y a toda su Congregación.
- Lu 15 "Se encuentra más débil". Monseñor Besson va a verlo todos los días.
- Ma 16 El P. d'Alzon se despide de la Madre María Correnson (7 de la mañana); de sus religiosos reunidos en torno a su lecho (13,30 horas); de Paul de Pèlerin (ex alumno); de Jean de Puységur (su sobrino). Por la tarde recibe la bendición de León XIII; al final del día recibe las visitas de monseñor Besson y de monseñor de Cabrières.
- Mi 17 "La dulce y serena agonía continúa".
- Ju 18 "La enfermedad avanza pero sin conmociones". La Madre María Eugenia dicta sus memorias sobre el P. d'Alzon.
- Sa 20 El P. d'Alzon comulga por última vez. "Mañana será un día de duelo o de milagro".

III. Muerte y funerales del P. d'Alzon

- Do 21 En la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen María, muerte del P. d'Alzon durante el Angelus del mediodía. Circular del P. Picard a los religiosos para honrar esta muerte, solicitar plegarias y convocar el Capítulo General. A las 22,00 horas su cuerpo es bajado a la capilla.
- Lu 22 Llegada de los Padres Tissot, Vicente de Paúl Bailly, Brun y del Hno. Polycarpe. La muchedumbre se apretuja durante todo el día en la capilla. A las 21,30 horas el cuerpo es depositado en un doble ataúd. Durante el día, con Numa Baragnon, se examina la conducta a seguir para conservar el colegio y los "alumnados" del Gard. Ese mismo día en Auteuil se celebra el primer oficio fúnebre con la participación de los religiosos de París.
- Ma 23 Llegan los Padres Pernet, Germer-Durand, Morel y Maubon. A pesar de la lluvia, la afluencia continúa en la capilla. Hay 1377 firmas en el registro de los funerales. Ese mismo día en Grenelle se celebra un oficio fúnebre con la participación de los religiosos de París.
- Mi 24 A las 7,00 horas, solemne oficio en el colegio por monseñor de Cabrières. A las 10,00 horas, levantamiento del cadáver y funerales en la iglesia parroquial de Santa Perpetua, presididos por monseñor Besson; conducción al cementerio de San Baudilio y sepultura en el panteón de la Asunción. Cerca de 30.000 personas participan. A las 5,30 horas de la

tarde, apertura del Capítulo General de elecciones. Ese mismo día en Auteuil, solemne oficio fúnebre con la participación de los religiosos de París y de los amigos de la Asunción.

IV. Homenajes a la memoria del P. d'Alzon y porvenir inmediato de la Asunción

- Ju 25 Elección por unanimidad del P. Picard como Superior General. En la tarde reunión de la comisión de *La Croix*. Carta pastoral de monseñor Besson en homenaje al P. d'Alzon.
- Vi 26 Lectura de la carta de monseñor Besson, todavía sin imprimir. Oficio fúnebre en el externado de las Religiosas de la Asunción en París, en la calle Malesherbes.
- Sa 27 Partida de los Padres Vicente de Paúl Bailly, Germer-Durand, Maubon, y de la Madre María Eugenia a París, y del P. Pernet a Perpiñán. El n° 204 de *Le Pèlerin* es consagrado a la memoria del P. d'Alzon.
- Do 28 La *Semaine Religieuse de Nimes* honra al P.d'Alzon.
- Lu 29 En Perpiñán, oficio solemne (P. Pernet) presidido por monseñor Caraguel.
- Ma 30 Oficio celebrado donde las Oblatas de Nimes (P. Emmanuel Bailly).

diciembre

- Mi 1 Oficio solemne celebrado por monseñor de Cabrières en Montpellier.
- Ju 2 Oficios celebrados en la iglesia de Santa Perpetua en Nimes (P. Picard), en El Vigán (P. Brun), en Montagnac y Lavagnac (P. Pernet). La Academia de Montpellier levanta toda oposición con-tra Luis Allemand; esta decisión fue confirmada en Nimes al día siguiente por el Inspector. Los novicios se preparan para partir a España.
- Vi 3 El P. Pernet viaja a París.
- Sa 4 Oficio celebrado donde las Oblatas de Nimes.
- Do 5 El P. Laurent es el superior de los tres religiosos que se quedan en el colegio.
- Lu 6 Oficio donde las Religiosas de la Asunción en Nimes.
- Ma 7 Partida a España del P. Emmanuel Bailly con 18 religiosos y del P. Picard a París.
- ... Número de *La Croix* (80 páginas) enteramente consagrado al P. d'Alzon y a las obras de la Asunción.

DESPEDIDA Y MUERTE DEL P. d'ALZON BAJO LAS AMENAZAS DE EXPULSIÓN

Mientras participaba en Roma en los trabajos del Concilio Vaticano I, el P. d'Alzon escribía el 9 de febrero de 1870:

A veces me imagino que Dios me va a dar mis diez últimos años de vida y que, así como Nuestro Señor realizó su obra exterior durante tres años y tres meses, me concederá el triple de tiempo para realizar nuestra obra; pero como tal vez no tenga esos diez años, es necesario apurarnos, a fin de no tener las manos vacías ante su tribunal.

Profecía o no, es importante recordar que, de 1870 a 1890, el apostolado del P. d'Alzon y de su Congregación va a insertarse en la dolorosa reflexión que el pueblo de Francia se hace acerca de las causas de lo nefasto que han resultado para el país la guerra y la Comuna, y para el Papado la desaparición de los Estados Pontificios.

Para algunos, era un castigo y se imponía el deber de rehacer una sociedad cristiana, aunque fuera por medio del retorno al régimen de los reyes “muy-cristianos”; para otros, había llegado la hora de despojar a la Iglesia de toda posibilidad de intervención en la confección de las leyes de un Estado en adelante laico. La Iglesia, lo quisiera o no, podía aparecer por sus intervenciones como una fuerza opositora, o por lo menos encontrarse ligada de hecho a los partidos considerados conservadores y retrógrados.

Hasta 1875, por lo menos a nivel de la Asamblea Nacional, la Iglesia obtiene nuevas ventajas, entre las cuales figura la ley sobre la enseñanza superior. Pero en el plano electoral, una creciente hostilidad se manifiesta contra ella, y sus adversarios no cesan de denunciar ante la opinión pública su intromisión en los asuntos del país; para asentar el régimen, es preciso alejarla de la vida pública comprometiéndola con sus aliados imprudentes que hablan de la restauración monárquica e incluso de la restauración del Papa en sus Estados. Es la crisis del 16 de mayo de 1877: las Cámaras son disueltas para nuevas elecciones, las que confirma el avance del partido republicano laicizante.

El Papa Pío IX, que moriría el 3 de febrero de 1878, le confiaba al futuro Nuncio en París, monseñor Czacki:

Mi sucesor tiene que inspirarse en mi apego a la Iglesia y en mi deseo de hacer el bien. En cuanto al resto, todo ha cambiado a mi alrededor; mi sistema y mi política han cumplido su tiempo, pero yo estoy muy viejo para cambiar su orientación; ésa será la obra de mi sucesor.

Después de tres días de cónclave, le sucede el Papa León XIII, que no tiene otro deseo que acercar la Iglesia a las sociedades contemporáneas, no sólo por el vuelco de las tendencias, sino más bien por el advenimiento de un espíritu nuevo.

Un año crucial y desastroso

Luego de la llegada al poder del partido republicano en 1879, la lucha se vuelve más reñida. El 15 de marzo, Jules Ferry, ministro de Instrucción Pública, presenta dos proyectos de ley sobre la enseñanza superior, de los cuales el primero intenta reducir las ventajas otorgadas a la Iglesia en 1875 y el segundo, según el artículo 7, quiere prohibir la enseñanza a las Congregaciones no autorizadas. La agitación es grande en todo el país. No obstante, el 9 de julio, con una mayoría de dos tercios, la Cámara de Diputados vota el proyecto de ley, incluido el artículo 7.

Mientras el P. Vicente de Paúl Bailly denuncia en el *Pèlerin* “una especie de apostasía nacional que provoca la indignación universal”, Jules Ferry escribe a su mujer desde Lyon: “Aquí se atribuye no sé qué de místico a este grito de: ¡Viva el artículo 7!, que es realmente, creo yo, el grito de toda Francia”. Frente al movimiento anticlerical y laicizante el P. d'Alzon y los Padres Picard y Bailly están dispuestos a “dar la batalla” y, para suplir las insuficiencias del *Pèlerin*, retoman la *Revue de l'enseignement chrétien* bajo el título de *La Croix*.

Estamos a principios del año 1880. El 9 de marzo, el Senado rechaza el artículo 7. Como respuesta, la Cámara obliga al Gobierno de Freycinet a promulgar, aplicando las “leyes existentes”, dos decretos fechados el 29 de marzo: uno contra los Jesuitas y otro contra las Congregaciones no autorizadas. Esas leyes existentes eran leyes obsoletas pero no derogadas, que se remontaban a la época de la Restauración, del Imperio y hasta de los

primeros años de la Revolución Francesa. Únicamente cuatro Congregaciones quedan autorizadas y más de 500 solamente toleradas.

Un Comité de defensa religiosa se organiza, bajo la presidencia de Charles de Chesnelong. Los religiosos, apoyados por el conjunto del episcopado, optan unánimemente por el rechazo, con el apoyo de juristas que asegurarán la defensa. Sin embargo, algunos obispos apoyados por el Nuncio piensan anticiparse, de acuerdo con el Gobierno, a la medida de ostracismo que pesa sobre las Congregaciones, mediante una declaración de respeto a las instituciones del país. Se logra una primera fórmula el 21 de junio; pero Freycinet no puede evitar la expulsión de los Jesuitas de unas cuarenta casas y colegios suyos (30 de junio a 2 de julio).

Hacia el 10 de agosto, una segunda fórmula, en la que interviene Roma, obtiene resultados. La nueva declaración debía ser presentada a los obispos de Francia por los cardenales Guibert y de Bonnechose, arzobispos de París y de Ruán, para ser transmitida a los responsables religiosos que la firmarían y la enviarían al ministro de Culto.

Monseñor Besson descansaba por entonces en El Vigán, en la casa natal del P. d'Alzon. Envió los documentos a Nimes y el P. d'Alzon, antes de firmar nada, como exigía el ministro de Culto, consultó con sus asesores. Desde El Vigán, el P. Brun le escribe el 26 de agosto:

Las explicaciones que Monseñor de Nimes me ha dado no permiten la más mínima duda. Es por orden del Papa, o al menos por deseo de Su Santidad, que los obispos toman esta iniciativa ante las Congregaciones. Hagamos lo que el Papa desea y Dios nos bendecirá.

El 26 de agosto por la tarde, el P. d'Alzon escribe a Sor Jeanne, Oblata de la Asunción:

La tormenta contra los religiosos parece haberse calmado por el momento. Acabo de enviar una carta importante que, firmada por todos los superiores y superiores exceptuados los Jesuitas, parece que debería restablecer la paz.

Por lo tanto había firmado la declaración, después de algunos días de reflexión y de consultas. El 29 de agosto escribe nuevamente:

Firmé en vista de una carta del cardenal Guibert, que hablaba de la más alta autoridad; pero en París todos los superiores están furiosos [...]. Yo digo: Desde el momento en que se sabe que el Papa quiere que se firme, no queda más que someterse. Ven en ello una humillación, poco importa. Al Papa le corresponde la responsabilidad de lo que pide; a nosotros la obediencia. Puedo dormir tranquilo.

Y el 30 de agosto añade:

La obediencia nos libra de una gran responsabilidad; tal vez el P. Picard no se haya dado cuenta de ello en estos últimos días.

Por otra parte, ese mismo día, *La Guyenne*, periódico legitimista de Burdeos publicaba la declaración hasta entonces mantenida en secreto; *l'Univers* la reproducía al día siguiente. El 19 de septiembre, frente al desencadenamiento de las pasiones políticas que había provocado esta indiscreción, Freycinet se ve obligado a renunciar. El 23 de septiembre, Jules Ferry tomaba su lugar en la presidencia del Consejo, pero sin dejar el ministerio de Instrucción Pública. Entre el 16 de octubre y el 8 de noviembre pone en ejecución el segundo decreto concerniente a 261 establecimientos y a más de 5.000 personas de Congregaciones no autorizadas.

Los religiosos se dirigen a la justicia para obtener su reintegración, pero el Gobierno ordena a los procuradores generales que se declaren incompetentes ante esos reclamos. Antes que obedecer, muchos magistrados presentan sus renunciaciones y la efervescencia continúa, acrecentada por la puesta en marcha de las operaciones policiales.

Ésta es la atmósfera religiosa, política y social en este año de 1880, que los historiadores consideran crucial y desastrosa. Ciertamente, el cansancio y la reflexión

acabarán imponiéndose. Ninguna Congregación de mujeres se verá afectada. No se tocarán los bienes de las Congregaciones masculinas, que pronto se reformarán discretamente. Pero los decretos sólo habrán servido para ahondar la brecha que divide a los franceses en dos bandos: los clericales y los anticlericales, según las expresiones del momento. Mientras tanto, una tercera fuerza surgía con la llegada del “*Partido Obrero*”, provisto de un programa netamente revolucionario, que excluye toda cooperación con la gente de Iglesia y con los que están en el poder. En efecto, mientras que el Gobierno castigaba a los religiosos con la expulsión, votaba medidas de amnistía para los condenados de la Comuna.

En cuanto a los religiosos, hay que destacar la abnegación en el gesto que se les pedía, e incluso el amargo sabor del gesto inútil. No solamente tuvieron que desdecirse de su actitud de rechazo sólida y públicamente sostenida, sino que además debieron, por obediencia, dejar abandonados a sus defensores laicos a quienes habían pedido la ayuda del derecho común contra esas leyes de excepción. Aunque el Papa León XIII había hecho un primer intento de conciliación entre la Iglesia y la República anticlerical, en el Consistorio del 13 de diciembre no podía sino guardar una discreción total y significativa sobre los asuntos de Francia, y retomar desde más lejos el camino de la conciliación. La correspondencia del P. d’Alzon nos revela su lucidez y su esperanza bajo la obediencia:

Dejemos que protesten a derecha e izquierda –escribe el 13 de septiembre al P. Vicente de Paúl Bailly – *yo pienso que hemos escogido el buen camino.*

Al vizconde de Chaulnes, que no se sometía de buen grado a las directivas de Roma, le escribe el 16: *Pienso que haremos bien en callarnos [...]. Le confieso que yo he apoyado al P. Picard cuando al principio defendió a los Jesuitas, pero más tarde el problema había cambiado. Los Jesuitas no son todo en la Iglesia de Dios.*

El 17, se permite una opinión, cuando escribe al P. Galabert: *Me temo que el Papa hizo dar un mal paso a los religiosos. De todos modos podrá decir que él se plegó a todas las concesiones posibles.*

Luego, para la Asunción, escribe ese mismo día: *¡Qué Dios nos proteja! Fue a partir de la persecución contra San Esteban que comenzó la dispersión de los Apóstoles a través del mundo.* El 20, agrega: *A medida que el horizonte se oscurece, es necesario permanecer más unidos a Nuestro Señor.*

El P. Picard Vicario General

A pesar de los fuertes calores, de su salud profundamente alterada y de un agotamiento general, a pesar de las advertencias de los médicos y de las insistencias de sus amigos, resistiéndose a los ruegos reiterados que muchos de ellos le hacían de trasladarse sea a Niza, o a Nuestra Señora des Châteaux, o a Lavagnac, o a Lamalou, o a Lourdes, el P. d’Alzon permanece inflexible en la resolución que había tomado de no abandonar Nimes. La preocupación por su Congregación le perseguía sin cesar, pero al mismo tiempo una secreta convicción lo empujaba a preocuparse de su muerte y a prepararse a ella como a un acontecimiento cercano. *Me debilito muchísimo desde hace algún tiempo* –escribía el 10 de agosto– *siento que la hora final se aproxima.*

Mientras sus religiosos estaban en peregrinación en Lourdes y el obispo de Nimes descansaba en su casa natal del Vigán, el P. d’Alzon hacía un retiro de quince días en el colegio de la Asunción, retiro que llamó “*su preparación para la muerte*”. Le preparaba también para cumplir con el gesto de obediencia que la Iglesia pedía a los religiosos.

El 30 de agosto, escribía a la Madre Marie du Christ, superiora de las Religiosas de la Asunción de Nimes: *Su Padre de 70 años (los tengo) se percata de que los retiros de quince días ya no son para él. ¡Si supiese qué agotamiento cerebral siento!*

Y agrega: *¡Ah!, la admiro por creer que Roma tiene la razón en este momento [...]. Pero habremos obedecido, y ése es nuestro consuelo.*

Quiso conversar sobre la situación de la Iglesia con el P. de Vaulchier, prior de la Cartuja de Valbonne, y allí nuevamente, del 13 al 18 de septiembre, se entrega a un retiro:

La calma es tan buena –escribe– para prepararse al descanso eterno. Y pensando todavía en las expulsiones, añade: Tal vez sea el adiós, pues ¿dónde estaremos en quince o veinte días?

Regresa más fatigado aún y recibe “*la noticia del abandono de una persona con la que él tenía derecho a contar como con una vocación valiosa para una obra importante*”. Esta última emoción, escribe el P. Emmanuel Bailly sin dar más detalles, fue “*el golpe que terminó por herirlo de muerte*”. Sin embargo, “*más agobiado por esta pena del corazón que por los acontecimientos*”, se confía a la Madre Marie du Christ para que ella informe de lo sucedido a la Madre María Eugenia, suprema confidente de todas sus penas. Una de sus dirigidas predilectas, a quien él había ayudado en su viudez, como también a sus familiares, por medio de “*bondades inauditas*” y que debía entrar en las Oblatas, “*rompiendo con él sin siquiera decirle el porqué*” fue a consultar a Don Bosco en Turín y se orientó hacia el Sagrado Corazón.

Todo esto caló muy hondo en el P. d’Alzon, – escribe la Madre Marie du Christ el 11 de octubre–. Es la segunda vez que le veo llorar delante de mí. Me dijo: “¿Con quién contar? No hay más que Dios”.

Por tercera vez se entrega a un retiro, presidiendo los ejercicios anuales de sus religiosos, predicados por el P. Laurent del 21 al 29 de septiembre. Hacia el 25, invita a cenar a cinco obispos: el cardenal arzobispo de Ruán, monseñor Bonnechose, el arzobispo de Aix, monseñor Forcade, el arzobispo de Besançon, monseñor Paulinier, el obispo de Montpellier, monseñor de Cabrières y el obispo de Nimes, monseñor Besson, afín de compenetrarse del pensamiento de la Iglesia.

El 27, escribe al P. Picard: *Me han hecho el honor de admitirme, a mí, como el sexto de una reunión de cinco obispos, en la que pude decir, según una carta de un cardenal, que la “autorización” (sic) era una orden bajo una forma elegante.* Después agrega con respecto a su Congregación: *Estoy decidido a trasladar nuestro noviciado a España, pero le dejo a usted plena libertad de ir a Inglaterra.*

El 29 de septiembre, al término del retiro, entrega el hábito a cuatro novicios y habla a sus religiosos. Fue su última ceremonia y su última plática como fundador y superior de la Asunción.

El 1º de octubre termina de escribir su último artículo, que será publicado en *La Croix*, en donde demuestra que el *Estado-Dios* es una aberración, pues “*profesa la herejía de la soberanía del hombre contra Dios*”.

Creo que será muy interesante, escribe. ¡Qué buena opinión tengo de mí!

Mientras prevé lugares de refugio en el extranjero para sus religiosos, debe también asegurar el comienzo de las clases.

Los alumnos no vienen, escribe; los funcionarios tienen orden de retirar a sus hijos de la Asunción: seis en un día; ayer solamente dos, los hijos de los cobradores de impuestos.

Y dirigiéndose al P. Vicente de Paúl Bailly agrega:

Anime al P. Picard a que venga. Tengo en espera varias decisiones para cuando llegue. Los despachos de prensa dicen que las expulsiones comenzarán en los departamentos del Mediodía.

En efecto, piensa vender el terreno del internado y la parte del colegio que da sobre la avenida Feuchères:

Las deudas quedarán pagadas y después ¡quedaremos en las manos de Dios! (sobrentendido: *estaremos más libres en caso de destierro*).

No obstante, las clases comenzaron. Pero el P. d'Alzon muestra signos de fatiga durante el mes de octubre. “*El 11 de octubre, nos dice la Madre María Correnson, Superiora General de las Oblatas, celebró su última misa, y fue por su madre, fallecida el 12 de octubre de 1860*”. Al día siguiente el P. Picard llegaba a Nimes.

El 16 de octubre sobreviene la muerte inesperada de Germer-Durand, responsable del colegio ante la Academia, colaborador y amigo del P. d'Alzon desde los inicios de la Asunción en 1843. El P. Picard estuvo de acuerdo en informar al P. d'Alzon e incluso en ampliar la conversación al conjunto de los graves intereses de la Congregación y de las medidas a las que podría obligar la eventual persecución. Entre las decisiones, se acordó que Luis Allemand, profesor de matemáticas, tomara el puesto de Germer-Durand como director del colegio ante la Academia.

Ahora bien, el jueves 21 de octubre, tres días después de las exequias de Germer-Durand, a las que el P. d'Alzon no pudo participar, llega una carta del inspector de la Academia invitando a los responsables del colegio a enviar inmediatamente a los niños a sus familias, bajo el pretexto de que las funciones del jefe de la institución están siendo usurpadas por alguien que no puede obtener la autorización legal para ello, puesto que su certificado de docencia exigido está mal fechado. Luis Allemand, que no tiene nada que ver en esto, debía pues defender sus derechos lo más pronto posible; pues todo atraso en la conclusión del asunto postergaba por un mes, a contar de esta conclusión, su entrada en funciones efectiva. Se creyó necesario poner al corriente de la situación al P. d'Alzon y de hacerlo en el momento en que el Padre se retiraba a descansar. El P. Picard efectuó esta delicada misión lo mejor que pudo. El P. d'Alzon expresó en primer lugar sus temores por la fatiga que iba a experimentar; pero un cuarto de hora más tarde, cambiando de opinión, hace venir junto a él a los Padres Picard, Laurent y Bailly.

Entonces, escribirá el P. Emmanuel Bailly en una carta circular a la Congregación, fechada el 18 de noviembre, comenzó una escena que nos desgarró el alma. El Padre juntó sus manos sobre el pecho como si se dispusiera a rezar, y con voz llena de lentitud y solemnidad, como si dictase su última voluntad, nos dijo:

“Mis queridos Padres, les he reunido para decirles que me siento de ahora en adelante incapaz de soportar emociones como la que me acaba de causar la noticia que ha venido a transmitirme el P. Picard. [...] Es el resultado de mi estado de salud y es algo que ya no depende de mí. He considerado detenidamente ante Dios lo que tenía que hacer. [...] Nombro al P. Picard mi Vicario General y a él le dejo el cuidado de los asuntos de la Congregación. [...] Observen bien que no es que yo quiera, por nada del mundo, librarme del trabajo y de las penas. ¡Dios me guarde! Mientras me han bastado mis fuerzas, he hecho lo que he podido, pero hoy me veo obligado a reconocer que no puedo más, y cumplo con un deber. [...] He querido llamarles a ustedes tres, a fin de ponerlos al corriente de mis intenciones. [...]”. Nos pareció que el Padre nos había dictado su última voluntad.

Al día siguiente, 22 de octubre, el P. d'Alzon comunicó su decisión al P. Brun, superior del "alumnado" del Vigán, que había sido enviado a Nimes para ir a buscar en España un refugio para la Congregación. Para esta misión se había pensado en primer lugar en el P. Emmanuel Bailly, pero éste no podía ausentarse del colegio amenazado en su existencia, siendo él el superior de los religiosos de Nimes. Dada la delicada salud del P. d'Alzon, se pidió a los novicios que emprendieran novenas de misas y de comuniones con el rezo del rosario durante el día. Esta apremiante oración continuará hasta el 21 de noviembre.

La decisión tomada por el P. d'Alzon de darse un Vicario General tuvo por efecto una mejoría provisoria en su estado de salud. Pudo levantarse e incluso hacer algunas visitas

en coche. El miércoles 27 de octubre, día del banquete de los ex-alumnos, baja un instante al patio:

Venía, escribirá monseñor Besson, a sonreír por última vez a sus huéspedes, a ver de nuevo a cien caras conocidas y queridas, a estrechar las manos que se apretaban temblando entre las suyas; nos separamos con lágrimas en los ojos, llevando el duelo de un padre en el fondo del alma.

Se decidió que el P. d'Alzon partiera a Lavagnac el 29 de octubre, a pedido de su sobrino y de su sobrina, para que la mejoría continuara. El P. Picard viaja el 28 de Nimes a París, para prevenir toda eventualidad, en el caso de que acciones policiales fueran emprendidas contra la residencia de la calle François Premier o contra el noviciado de Sèvres. Informada de las últimas novedades, la Madre María Eugenia de Jesús, Superiora General de las Religiosas de la Asunción, escribe ese mismo día al P. d'Alzon:

¡Cuántas inquietudes nos ha causado usted!, y para evitármolas a todos está obligado a tomarse un largo descanso sin preocupaciones.

Y ella le invitaba a tomarlo en Auteil:

Nos comportaremos tal como usted lo desee, no lo molestaremos, lo cuidaremos y no lo distraeremos sin preguntárselo antes.

De acuerdo con el P. Picard, ella pide a sus Hermanas de España y de Inglaterra que preparen casas de acogida para los religiosos expulsados. En España cuenta con monseñor Guidi, agregado de la Nunciatura en Madrid y muy conocido del P. d'Alzon.

La Santa Unción

A fines de octubre, las amenazas de expulsión se hacen efectivas. En Nimes mismo, el 30 de octubre se actuó rigurosamente contra los Recoletos. Desde las cinco de la mañana la tropa cerca el barrio, se fuerzan las puertas, pero la multitud logra liberar a uno de los tres religiosos y lo lleva triunfalmente al obispado.

El día de Todos los Santos –escribe Le Pélerin– se levantó un altar en la calle frente a la puerta clausurada y se cantó el Oficio. Al descender del Palacio de Justicia, el prefecto estuvo a punto de ser linchado por las mujeres.

Cerca de Tarascón, para honor del país de Tartarin (escrito en 1872), será necesario el despliegue de un regimiento de infantería, de cinco escuadrones de caballería y de unas cuantas baterías de artillería para obtener al cabo de cuatro días la rendición de 37 monjes Premostratenses de la abadía de Frigolet. “*Hermosa epopeya de una lúgubre historia*”, en la que la Asunción escribirá su página de gloria el 5 de noviembre, en la residencia de la calle François Premier, desde las seis de la mañana.

Luego de una vigilia de oración y de una misa que a los ojos de los comisarios no terminaba nunca, –pues el P. Vicente de Paúl Bailly tuvo la idea de hacer leer la Pasión alternativamente en uno y otro lado del altar hasta siete veces–, fue preciso de todas maneras ponerle fin, pero no sin antes rendir un último homenaje al Santísimo Sacramento, llevándolo triunfalmente de la capilla, en adelante clausurada, a un oratorio privado. Ese mismo día el noviciado de Sèvres era a su vez forzado y clausurado y como los novicios no podían ser recibidos en la residencia de la calle François Premier encontraron hospitalidad en la casa de un viejo amigo de la Asunción, el señor Février.

Estos acontecimientos de París tuvieron como efecto permitir al P. Picard dejar allí a los Padres Vicente de Paúl Bailly, Saugrin y Pernet, y regresar a Nimes acompañado por la

Madre María Eugenia de Jesús, deseosa de volver a ver al P. d'Alzon, en tanto su estado de salud lo permitiera. Ambos llegaron a Nimes el domingo 7 de noviembre por la mañana.

Entre tanto, el 29 de octubre, cuando todo estaba ya preparado para la partida del Padre a Lavagnac, una nueva crisis en su estado de salud se produjo en la noche del 29 al 30, por lo que el médico desaconsejó todo viaje.

–*¿Cuál era la enfermedad del P. d'Alzon?*, preguntaban al médico que lo asistía las personas de su entorno.

–*No hay ninguna enfermedad*, respondió él, *todos los órganos están sanos, pero todo está gastado.*

Al escuchar estas palabras, su sobrino el conde de Puységur exclamó:

–*Mi tío ha hecho tantas cosas rápido, que le bastaron dos meses para volverse viejo, mientras que otros tardan veinte años.*

Al doctor que le decía:

–*Su salud es como un capital dilapidado*, el Padre respondía:

–*He dilapidado tantos durante mi vida que bien podía dilapidar éste.*

Monseñor Besson manifestó el deseo de que el P. d'Alzon fuera trasladado al obispado, a fin de evitarle la emoción de ver su colegio forzado por la policía y a sus religiosos expulsados. El Padre quiso quedarse en su casa y junto a los suyos, y sólo aceptó como único confort que le arreglaran la cama. Hay que saber que la ventana de su habitación daba hacia la calle de la Servie, encima de la puerta de entrada, y que a pesar de todas las precauciones tomadas no podía ignorar el ruido de la muchedumbre congregada en las inmediaciones del colegio, ya fuese para defender a los religiosos y protestar en caso de intervención de la policía, o fuese para divertirse con el espectáculo que no dejaría de tener su morbo.

En efecto, se podía esperar cualquier cosa y no se sabía si separar la comunidad de los novicios de la comunidad de los religiosos, para no comprometer todavía más el establecimiento escolar. En un primer momento, se optó por la separación; en consecuencia, se asignó a los novicios tres casas en la ciudad a donde irían a esconderse: la casa de la señora Germer-Durand, la del señor Luis Allemand y la del señor Picard, ecónomo del colegio. El sábado 30 de octubre, mientras la policía actuaba donde los Recoletos, y como podía intervenir también en la Asunción, después de las oraciones matinales y de un rápido desayuno, los novicios abandonan el colegio de dos en dos en grupos separados, utilizando no la puerta de entrada sino la puerta de servicio que da a la avenida Feuchères. Hacia las siete de la tarde, puesto que los comisarios no se habían presentado, el P. Emmanuel Bailly los llamó a todos, para poder celebrar todos los religiosos juntos los oficios del domingo y de la fiesta de Todos los Santos, sabiendo que la policía no estaba de servicio los días feriados, salvo en caso de flagrante delito.

La unión parece realizarse en Nimes, escribe el P. Emmanuel Bailly a su hermano el 1º de noviembre. *La Asunción tendrá por dentro y por fuera a toda la ciudad católica encargándose de su defensa y rindiéndole el testimonio de su simpatía si vienen a atacarla. ¿Se detendrán ellos en consideración al grave estado de nuestro Padre? Lo dudamos.*

El 2 de noviembre los novicios se dispersaron nuevamente en las casas en las que se habían refugiado, pues el rumor hacía prever un asalto contra la Asunción. Por prudencia, después de haber obtenido la opinión del doctor Correnson, médico del colegio, se quiso tener también la del doctor Combal, a quien se hizo venir de Montpellier.

Combal acaba de llegar, escribe el 2 de noviembre la Madre Marie du Christ a la Madre María Eugenia, para que ella informe al P. Picard a quien se le transmiten las mismas noticias. *Me ha dicho que el P. d'Alzon está desahuciado: ha habido gran avance en la enfermedad*

desde que él lo viera hace tres días. Teme, por el análisis de orina, no la albúmina sino una amnesia cerebral. Puede fallecer de un momento a otro, súbitamente; todavía puede moverse, pero no levantarse. El Padre Emmanuel lloraba como un niño. Pide que se haga rezar para que al menos la muerte no llegue repentinamente, sin tiempo para administrarle los sacramentos. Están advertidos de que la expulsión será mañana a las seis de la mañana. [...] Combal acaba de extender un certificado para que no se obligue al P. d'Alzon a salir. Toda la ciudad está en alerta; se alquilan las ventanas, los balcones, las flores. El pueblo está muy excitado. Hoy los sellos oficiales de clausura donde los Recoletos acaban de ser arrancados en calle Enclos-Rey.

Puesto que los dos médicos son del mismo parecer, había que pensar en los últimos sacramentos, que el P. d'Alzon aceptó con calma y lucidez cuando el P. Emmanuel Bailly se los propuso. *“Prefiero, dice, que procedan así y que me digan las cosas sencillamente”*.

El 3 de noviembre, pues, cuando desde las seis de la mañana la calle de la Servie estaba invadida por una muchedumbre bulliciosa y simpática que esperaba a los que de un momento a otro vendrían a forzar las puertas, y mientras que cincuenta amigos, ex alumnos y parientes estaban en los locutorios y en los patios para defendernos, –escribe el P. Emmanuel Bailly en una carta circular–, el P. d'Alzon recibía los sacramentos de la Iglesia. Se confesó, se le trajo el Santísimo Sacramento sin pompa y sin ruido para evitarle emociones demasiado fuertes. Se unió a todas las oraciones, pidió la estola queriendo levantarse y vestirse, y no consintió en quedarse en cama sino después de una orden formal. Presentó él mismo sus manos y sus pies y casi guió al P. Emmanuel Bailly en su ministerio. Su rostro estaba como iluminado: irradiaba, al mismo tiempo, calma, alegría, fe y paz. Previendo su sepultura quiso hacer una recomendación expresa:

Quiero ser enterrado como religioso, y le dirán al párroco de Santa Perpetua que, siendo religioso de una comunidad que está en su parroquia, quiero que a ella se dirija el cortejo después de las oraciones hechas aquí, y que se me haga un entierro de religioso.

Cuando todo terminó, inició una escena de despedida dirigiéndose a las tres personas presentes:

Vamos, le dijo al P. Emmanuel Bailly, venga que lo abrace, y les dirá a los religiosos de la Congregación que yo los abrazo a todos. Y a usted, abate Barnouin, lo abrazo, y les dirá a los sacerdotes de la diócesis que yo los abrazo a todos. Y Henri, venga usted también, y no se olvide de decir a todos los criados que los he abrazado a todos con este abrazo que le doy a usted.

Dominando su emoción, el P. Emmanuel Bailly le señaló al P. d'Alzon que todavía no había llegado su hora y que debía descansar. Luego retornó a las tristes preocupaciones del desalojo, del gentío, del ruido, de los testigos y de la defensa.

Informada de los acontecimientos, la Madre María Correnson vino a las 11,00 horas de la mañana para hacer una visita al P. Alzon, al que encontró en pie delante de su chimenea cortándose las uñas. A este gesto familiar de cuidar sus manos de una manera irreprochable fue fiel hasta el final, por respeto a su sacerdocio, nos dicen la Madre María Eugenia y el doctor Gouraud.

Me recibió, prosigue la Madre de las Oblatas, diciéndome con los ojos bañados en lágrimas: “No podré darle los últimos sacramentos como se lo había prometido; el P. Bailly acaba de administrármelos a mí”.

Una sensibilidad que traicionan sus lágrimas y una energía que lo mantiene en pie: tales son el corazón y el alma del P. d'Alzon al final de una ceremonia que lo encamina a la muerte. Los novicios dispersos en la ciudad no fueron informados de lo sucedido sino en la tarde; se enteraron también de que el P. d'Alzon se encontraba mejor, lo que podía renovar la amenaza de desalojo. No obstante, su dispersión en la ciudad iba a durar poco. Cuando se supo por

telegrama, el viernes 5 de noviembre, que las comunidades de París y de Sèvres habían sido expulsadas, todos regresaron al colegio, puesto que era evidente que se perseguía a los religiosos como religiosos, y que la presencia de los novicios no comprometía mucho más al colegio.

El rumor siempre creciente dejaba entrever la intervención de los agentes del Gobierno para el día siguiente, a tal punto que monseñor Besson decidió pasar la noche en la Casa de la Asunción. Redacta una protesta que se propone leer él mismo:

Es al obispo de Nimes a quien ustedes encuentran primero en el umbral de esta casa violada por un sacrilegio. Protesto como obispo, en nombre de la religión [...], como ciudadano, en nombre de la libertad de conciencia atropellada [...], como hombre, en nombre de la naturaleza y de la humanidad, puesto que ustedes no se detienen ni ante los 300 niños que cobija el colegio, ni ante la gravísima enfermedad del Muy Reverendo Padre d'Alzon, fundador y gloria del mismo. Soy amigo de este ilustre enfermo y él es mi Vicario General. Por este doble título, es mi deber detenerlos ante el umbral de la habitación donde sus médicos y sus amigos velan por una existencia tan querida.

Las efemérides nos dan la cronología de esta mañana del 6 de noviembre y la correspondencia de este día nos revela la atmósfera. Todo el mundo quiso adelantarse a la acción de la policía prevista para las 6 de la mañana. Los novicios se habían levantado a las 3,30 y desde las 4,00 la gente cantaba cánticos bajo la ventana del P. d'Alzon delante de la gran puerta que debía ser forzada. No habiendo sucedido nada todavía a las 6,45, monseñor Besson celebró su misa a las 7 horas y se prolongó la espera hasta la 10,30.

Había allí cerca de sesenta personas, escribe el P. Emmanuel Bailly al P. Picard. El colegio parecía una casa en estado de sitio; la multitud se estacionaba en las calles, delante de la puerta, cantando cánticos, vigilando las más mínimas sospechas de ataque y montando guardia. Al interior, los locutorios, la enfermería y los patios estaban invadidos por los defensores. Usted podrá juzgar en lo que se transformó el colegio y los estudios, en medio de semejante conjunto de alertas, de preocupaciones, de incertidumbre y de movimiento. Ya no se duerme, se vela noche y día. Es una vida aplastante, que se une a este inmenso e inconsolable dolor por el estado siempre grave de nuestro Padre.

¡Pobre Padre!, escribe por su parte a Auteuil la Madre Marie du Christ. ¡Qué impenetrables son los designios de Dios! El que fuera tan grande y tan valiente ante las muchedumbres, es incapaz en esta hora de tomar parte activa alguna en todo lo que sucede a su alrededor; ve todo, escucha todo y no puede hacer nada. [...] Si el pobre Padre d'Alzon muere durante la ejecución, estos señores dicen que no se puede responder de lo que suceda, tan grande es la irritación contra el prefecto. [...] Desde hace algunos días todos los elementos de la naturaleza se han desencadenado, pero desde ayer el tiempo se ha vuelto hermoso para iluminar estas tristes escenas que nos rodean.

Recordando estos acontecimientos, la Madre María Eugenia agrega el 8 de noviembre: *Se dice en las esferas bien informadas de Nimes que los dos generales de la ciudad se han negado a cercar la Asunción; unos creen que no la atacarán de este modo, sino por medio de la Universidad; otros dicen que el prefecto ha solicitado a causa de esto el cambio del Consejo Municipal y que él ha nombrado ayer a un alcalde protestante rojo y a una comisión municipal de la misma índole. Tendrá así a toda la policía de Nimes en manos de los protestantes.*

La amenaza se hizo más precisa el 13 de noviembre. Mientras Luis Allemand, después de muchas gestiones en Nimes y en Montpellier obtenía el 8 de noviembre el reconocimiento de sus derechos, Dumaret, prefecto del Gard, actuaba en virtud de los decretos: el día 13 hizo entregar en mano al superior de la Congregación un decreto de la prefectura que declaraba disuelta “la agrupación formada en Nimes por los miembros de la Asociación no autorizada,

dicha de los Padres Agustinos de la Asunción”, concediéndoseles el plazo de tres días para dispersarse.

Avisado desde Nimes, el senador Numa Baragnon, ex-alumno del colegio, mantuvo dos entrevistas, los días 16 y 17 de noviembre, con Jules Ferry, presidente del Consejo y ministro de Instrucción Pública, autor y alto responsable de la ejecución de los decretos. Le hizo saber que había una negociación en curso ante el Consejo Académico de Montpellier: con fecha del 9 de diciembre, un seglar sería plenamente jefe de la institución, el número de religiosos se reduciría al mínimo y una sociedad civil asumiría la responsabilidad del establecimiento. Dicho en otra forma, para salvar el colegio, era mejor renunciar al triunfo inútil de la expulsión:

Tal es el plan del momento, escribe él desde París el 17 de noviembre al P. Emmanuel Bailly. Lo revisaremos cuando nos volvamos a encontrar en ese triste campo de batalla donde nuestro Padre agoniza.

A la intervención de Numa Baragnon ante las autoridades gubernamentales, se agrega la de monseñor Besson que presentó personalmente sus quejas, como lo dirá en su carta de homenaje del 25 de noviembre, ante el mismo Presidente de la República, “*obligado a solicitar para el religioso moribundo alguna prórroga en la ejecución de un decreto que la posteridad más remota no podrá jamás absolver, ni excusar, ni comprender*”.

Desde que el prefecto había disuelto el 6 de noviembre el Consejo Municipal, el pueblo estaba cada vez más exasperado.

Cerrarían el colegio, si no tuvieran miedo a la población, escribe la Madre María Eugenia el 16 de noviembre. Las mujeres agarraron al prefecto por el cuello diciéndole: “Como vayas donde d’Alzon, ¡ya verás!”.

Despedida del P. d’Alzon

Entretanto, el 7 de noviembre, como ya lo hemos dicho, había llegado de París el P. Picard con la Madre María Eugenia. Los religiosos y novicios de Nimes se apresuraron junto a él para que les contara con detalles las expulsiones de París y de Sèvres. El 8 de noviembre la Madre María Eugenia escribe al P. Vicente de Paúl Bailly:

Ya conoce las tristes noticias sobre el P. d’Alzon que está cada vez peor. Hay que elevar los ojos al cielo; el Padre no hace más que prepararse desde hace tiempo; tiene una muy santa disponibilidad, entregado a todos y preparado para presentar la rica cosecha que ha recogido para el Padre de familia con los talentos que ha recibido para ello. ¡Ojalá que también nosotros pudiéramos estar tan seguros del buen empleo de nuestra vida!

Este mismo día, por su parte, la Madre Marie du Christ, superiora del convento donde se hospedaba la Madre María Eugenia mientras esperaba para ir a visitar al P. d’Alzon, escribe a la Madre Thérèse-Emmanuel de la comunidad de Auteuil y asistente general:

El P. d’Alzon se debilita cada vez más. Se ha convenido con el P. Picard que si se le pudiera levantar un minuto, enviarían enseguida a buscar a nuestra Madre. ¡Ojalá! ¿Pero podrá? Desde hace 24 horas que no se incorpora ni para beber; se lo alimenta con biberón. ¡Pobres Padres! Están realmente afectados en este momento. [...] También están emocionados con la llegada de nuestra Madre. Es una dicha, aun cuando ella no vea al Padre.

En efecto, se había declarado una nueva crisis de uremia, que hacía más penoso y más irreversible el debilitamiento progresivo del enfermo. Era tiempo de informar a la Congregación de la decisión que había tomado el P. d’Alzon de darse un Vicario General en la persona del P. Picard. Leemos en las efemérides del 11 de noviembre:

Antes de comenzar a cenar, el Rdo. P. Em-manuel Bailly informó a la comunidad que el Muy Rdo. P. d'Alzon, muy enfermo, ha designado al Rdo. P. Picard como Vicario General para remplazarlo en el gobierno de la Congregación. Este último solicitaba pues rezar para que el Padre se sane, y permite todas las mortificaciones que se quieran hacer por esta intención.

El acta de este nombramiento está fechada el 12 de noviembre. Está firmada por los cuatro asistentes presentes en ese momento en Nimes: el P. Brun, que ha regresado de España en la noche del 11 de noviembre; el P. Saugrain, llegado en la mañana del día anterior a pedido del P. Picard; el P. Laurent, profesor en el colegio; a estas firmas el P. Emmanuel Bailly añade la suya a título de Provincial de Nimes.

No pudiendo ya hacerse ilusiones sobre el desenlace de la enfermedad del P. d'Alzon, el P. Picard, por intermedio de monseñor Macchi, Camarlengo de Su Santidad, pide la bendición del Papa León XIII para el moribundo P. d'Alzon; piensa también en convocar un Capítulo General de elecciones. El 13 de noviembre escribe al P. Vicente de Paúl Bailly:

Hay que temer lo peor. Nada, sin embargo, hace pensar en una desgracia para hoy o para mañana. Pero si ocurre, habrá que convocar enseguida el Capítulo. Esté preparado.

El día 14 precisa:

Nuestro querido enfermo está siempre en el mismo estado de debilidad, pasa del dolor intenso a la somnolencia. [...] Podemos temer una desgracia dentro de tres o cuatro días. Anteayer yo le decía: "Todo el mundo reza por usted". Y él me contestó: "Por mí yo ya no puedo rezar". Desde entonces esta impotencia se vuelve cada vez más evidente. No obstante, comulga todas las mañanas.

El día 15, nuevas precisiones:

Los dolores son más agudos y las fuerzas disminuyen. Nuestro querido enfermo se levanta, sin embargo, para los menesteres esenciales; no acepta ningún acomodo en su cama, lo que le fatiga enormemente, pues está obligado a que lo levanten cada diez o doce minutos. En cuanto se le acuesta, se duerme; pero se mantiene lúcido, y hasta conserva aún su picardía.

Aprovechando un momento de calma, el P. Picard avisa a la Madre María Eugenia que puede acudir junto al moribundo P. d'Alzon. Este último encuentro, que debía sellar en la tierra una larga amistad espiritual y una mutua ayuda religiosa inalterada, a pesar de pasajeras incomprensiones, tuvo lugar el 14 de noviembre a las 3 de la tarde. Al día siguiente, la Madre Marie du Christ escribía a la Madre Thérèse Emmanuel:

Nos hicieron subir inmediatamente donde el Padre. Nuestra Madre no entró en la habitación, pero se arrodilló en el umbral de la puerta abierta, frente a su lecho. Yo estaba detrás de ella. La habitación estaba oscura. El P. d'Alzon pidió en voz alta que se abrieran bien los postigos para poder ver a nuestra Madre.

Sus primeras palabras fueron: "¡Qué triste es, querida Madre, verse tan poco tiempo!". Nuestra Madre le dijo que todos nuestros corazones estaban con él y que rezábamos por él. "¡Ah, sí!, pidan para mí la resignación".

Nuestra Madre le pidió perdón muy conmovida; el Padre no quería que ella continuase y dijo: "Perdono, perdono, mi buena y querida Madre, ruegue mucho por mí". Nuestra Madre continuó: "Sí, nosotras rezamos mucho por su curación o por todo lo que Dios quiera".

"Sí, por todo lo que Dios quiera; eso es y no otra cosa".

Nuestra Madre le pidió su bendición para toda la Congregación. El respondió: "Bendigo a todas las Hermanas, a la Congregación, a usted, mi querida Madre", y pronunció la fórmula larga con voz muy fuerte.

El P. Hipólito sollozaba y el Padre Emmanuel sostenía la cabeza del Padre. Yo lloraba mucho y miraba a nuestra pobre Madre tan emocionada.

La despedida del P. d'Alzon a la Madre Emmanuel-Marie Correnson y a todas las Oblatas tuvo lugar el 16 de noviembre a las 7 de la mañana, *"día en que me hizo llamar junto a su lecho para bendecirme y bendecir al mismo tiempo a toda la Congregación"*. La víspera, el P. Galabert escribe al P. Picard desde Andrinópolis en nombre de los religiosos y de las Oblatas de Oriente:

El estado de salud de nuestro bienamado Padre preocupa a todos aquí, y todos sentimos cuán útil sería que Dios nos lo conserve todavía por algunos años, aunque vemos con satisfacción que él mismo nos haya designado a su sucesor nombrándolo a usted su vicario. Y creo que aunque Dios se dignara conservárnoslo para darle nuestro cariño, sería bueno que se le dejara sólo a usted tratar con él los asuntos que crea conveniente consultarle.

Habiéndose enterado de la expulsión de los religiosos de París, el P. Galabert agrega:

Ignoramos si otras casas nuestras han sido cerradas también. Usted sabe que, a pesar de nuestra pobreza, las puertas de nuestras casas están ampliamente abiertas para todos los que se juzgue oportuno enviarnos. Lejos de ser una carga para nuestra misión, cinco o seis religiosos más nos aportarían una ayuda útil e incluso necesaria. No es imprescindible que sean sacerdotes y si, por prudencia, usted juzga más oportuno enviar acá a algunos de nuestros jóvenes estudiantes de teología, nos arreglaríamos para recibirlos y la divina Providencia no nos negará nunca el pan de cada día.

Ese mismo día, 16 de noviembre, a las 10,30 horas, es Paul de Pèlerin, ex-alumno, quien se arrodilla junto al lecho del P. d'Alzon y recibe su bendición *"para y en nombre de los ex-alumnos"*. *"El P. Emmanuel se la pidió en mi nombre"*.

Al comienzo de la tarde, se creyó que había llegado el momento de reunir a todos los religiosos alrededor del P. d'Alzon para pedirle su última bendición, antes de que fuera demasiado tarde. El relato de la escena es conocido por una carta circular del P. Emmanuel Bailly dirigida a la Congregación y comunicada a diversos periódicos de la época. Esta carta ha sido integrada en las circulares del P. Picard y publicada nuevamente en los *Ecrits Spirituels* (pags.1461-1464). He aquí el texto más sobrio, pero no menos emotivo, de las efemérides del noviciado redactadas por el Hno. Víctor Uginet:

A las 1,30 horas, siendo inminente el peligro, todos los religiosos se reúnen en la sala de la enfermería del colegio y, cuando el Padre lo dice, van todos y se colocan, por rango de antigüedad, alrededor de lecho del Muy Rdo. P. d'Alzon.

Entonces el Padre, pudiendo apenas hablar y sufriendo mucho por la postración que lo agobia, nos dice:

—"Mis Hermanos, después de Dios, Nuestro Señor y la Santísima Virgen, ustedes son lo que más he amado en la tierra".

Instantes después continúa:

—"¡Tenemos que separarnos! ¡Sumisión a la voluntad de Dios! ¡El es el Dueño!".

El P. Picard entonces, en nombre de todos, le pide perdón por todas las ofensas que le hemos hecho. El Padre responde:

—"Soy yo quien debería ponerme de rodillas y pedirles perdón".

El P. Picard le dice sollozando:

— "¡Ah, Padre, denos su bendición!".

El Padre hizo un gran esfuerzo y dio la bendición a todos los religiosos que, arrodillados, sollozaban.

El P. Picard le dice:

—"¿Usted nos protegerá?".

El Padre responde:

—"Tanto como pueda".

El P. Picard le dice:

–"Bendiga también todas las otras casas".

El Padre responde:

–"Si, estoy con ellas".

El P. Picard le besa la mano, y el Padre dice:

–"Sean buenos religiosos. Hay muchos buenos religiosos que no están aquí, mi corazón los abarca a todos".

Cada uno le besa la mano llorando, y nos dirigimos a la capilla del noviciado para recitar, hacia las 2, las vísperas y completas precedidas del segundo rosario.

Instantes después que los religiosos están en la capilla, se recibe la respuesta de Roma al pedido que el P. Picard había enviado ayer por la tarde a monseñor Macchi para solicitar de Su Santidad León XIII la bendición apostólica para nuestro Padre moribundo, y la respuesta dice: "Su Santidad concede bendición implorada".

En cuanto el Muy Rdo. P. d'Alzon tuvo conocimiento de este despacho, preguntó si los religiosos estaban en la capilla y, ante la respuesta afirmativa, quiso que se les leyera y que las oraciones continuaran en la capilla.

En una carta que acompañaba este despacho, monseñor Macchi escribe el 18 de noviembre:

Puedo decirle que el Santo Padre se ha interesado por la triste noticia de la grave y peligrosa enfermedad del Muy Rdo. P. d'Alzon; se mostró muy apenado y, con una predilección muy particular y paternal, concedió la bendición apostólica que se le imploraba. Que esta bondad y este interés del Soberano Pontífice puedan consolarlo en medio de tantos sufrimientos y angustias por los que está usted pasando.

No es seguro que el P. d'Alzon llegara a tener conocimiento de esta actitud reconfortante del Papa León XIII para con él.

La tarde misma del 16 de noviembre, el P. d'Alzon recibía la visita del obispo de Nimes, que venía a solicitarle una bendición para sí mismo, para su clero y para su diócesis.

Antes de dárnosla, escribirá monseñor Besson, el P. d'Alzon quiso ser bendecido por su obispo, besó el anillo pastoral y se persignó con profundo respeto. Después de nosotros, su sobrino y sus más íntimos amigos se acercaron y le besaron la mano. Tenía sobre el lecho una magnífica estola que había pertenecido a Pío IX, y sus manos consagradas por el óleo santo se apoyaban en ella respetuosamente. Al ver esta insignia sagrada, recordamos la costumbre que existe en Roma de poner la estola sobre el pecho de un sacerdote moribundo, cuando ha recibido los últimos sacramentos. Se reconoce en este signo que el enfermo está separado del mundo, que la Iglesia ha tomado posesión de su morada, y que sus últimos pensamientos y sus últimos suspiros deben ser para la vida futura.

Después de monseñor Besson se presentó en el colegio monseñor de Cabrières, ex-alumno, amigo y colaborador del P. d'Alzon, nombrado obispo de Montpellier en 1874. Interrumpió su viaje a Lyon para pedir él también una última bendición. Debía pasar la noche en el colegio y celebrar la misa de comunidad al día siguiente a las 7 de la mañana.

Entre los múltiples testimonios de afecto y de simpatía no se puede silenciar la última carta que el conde d'Esgrigny escribió al P. d'Alzon, el 16 de noviembre:

Amigo muy querido, estás enfermo, y no sé de ti más que por los periódicos; no puedo expresarte cuán dolorosa es para mi viejo y fiel afecto esta ansiedad así agravada.

Y el conde d'Esgrigny, amigo del P. d'Alzon desde sus estudios en común en París en 1830 y primer confidente de su vocación sacerdotal consagrada a la defensa de la Iglesia, recuerda al P. d'Alzon que había aceptado ser el padrino de su primera hija:

No sabes hasta qué punto esta ahijada tuya te está tiernamente unida.

También él quisiera tener noticias, al menos a través del P. Emmanuel Bailly, para transmitírselas a ella:

Será pedir demasiado, en medio de tantas preocupaciones, pero sería un favor que le agradeceríamos mucho [al P. Bailly]. Tus sufrimientos, querido amigo, agravados estoy seguro por los infortunios infligidos a la Iglesia y por las emociones que ellos te causan, no me permiten esperar que tu pensamiento se vuelque de vez en cuando hacia este viejo compañero de tu juventud, que te será fiel hasta su último instante. Permíteme al menos, recordártelo.

Ignorando los acontecimientos, la ahijada del P. d'Alzon escribirá el 21 de noviembre al P. Picard que ella comparte con él la misma gran aflicción: *"las preocupaciones que tiene por el P. d'Alzon que me presentó al bautismo"*.

Mi padre está desconsolado y me dice que intuye que su amigo está tan afectado en su corazón como atacado por la enfermedad.

La lenta y apacible agonía

Todos los focos de oración que se han encendido desde la noticia de la Extremaunción del P. d'Alzon convergen hacia Nimes durante estos días de lenta y apacible agonía.

El P. d'Alzon, –escribe la Madre María Eugenia el 16 de noviembre–, se encamina lentamente hacia la eternidad. Digo lentamente, aunque sufre mucho por momentos, porque su deterioro progresa poco a poco. Cae a cada instante en un sueño de agotamiento; es el único alivio a sus dolores de vejiga, de los cuales por otra parte nunca se queja. Cuando se le habla de su sufrimiento, o no responde, o dice: "no es tanto como merezco". En lo que dice es el mismo de siempre, pero unas pocas palabras agotan sus fuerzas. Recibe la comunión todas las mañanas, y ayer durante el día le hizo una broma al P. Laurent que no tiene el valor de llevársela.

Todos concuerdan en decir, –escribe la Madre Marie du Christ ese mismo día–, que la enfermedad del P. d'Alzon ha contenido al prefecto, que no ha querido exponerse a la indignación armada de los nimeses haciendo forzar las puertas de la Asunción. El obispo es muy bueno con los Padres y viene todos los días a ver al P. d'Alzon.

Qué contraste entre su actitud y la nuestra, –escribe el Hermano Felipe Pesant el 18 de noviembre al P. Paul Bador, superior del "alumnado" des Châteaux–. Mientras nosotros estamos abrumados por el dolor y la tristeza, este querido Padre conserva una calma y una serenidad admirables; nos recibe siempre con una sonrisa en los labios y, aunque no pueda hacerse oír, su mirada al menos refleja muy bien lo feliz que se siente de morir.

Al doctor Correnson que le pregunta ese mismo día: *–¿cómo se siente? –como alguien que parte,* respondió él sonriendo.

Y el P. Picard que recuerda estas palabras, escribe al P. Vicente de Paúl Bailly:

La acción de la gracia es evidente: toda impaciencia ha desaparecido. Ni una palabra de queja, ningún gemido desde el comienzo de la enfermedad: es la cruz en el cielo, o la posesión de Dios en la agonía.

El 19 de noviembre, nueva carta al mismo destinatario:

Es triste constatar que la lentitud de su enfermedad no tiene otra explicación que su fuerte constitución y que no podemos agregar: "¡Esperemos!". Toda nuestra esperanza está puesta en Dios y sólo en Dios.

Y ese mismo día notifica a la Madre María Eugenia:

Si usted quiere ver nuevamente a nuestro querido Padre como la última vez y sin esperar de él ninguna palabra, podría venir hacia las 9,30 horas; siempre la misma paz y la misma lucidez, aunque con más debilidad.

Pero el 20 de noviembre, escribe al P. Pernet:

La Santísima Virgen reserva sin duda a nuestro Padre para el día de su Presentación. Mañana será probablemente un día de duelo o de milagro. Sigamos rezando. Acabo de hablar con él de usted, también de las Hermanitas, del P. Bailly y de todos nuestros amigos y bienhechores. El los ha bendecido a todos en particular. [...] Me gustaría mucho que usted pudiera ver al Padre, pero cómo hacer, estando ausentes de París el P. Hipólito y yo mismo y teniendo la necesidad de estar aquí para el Capítulo.

En las efemérides de ese día se lee:

Reglamento ordinario. A las 4,45, inmediatamente después de levantarnos, el Muy Rdo. P. d'Alzon pidió recibir el Santo Viático; todos los religiosos acompañan al Santísimo Sacramento. El resto del día transcurre como de ordinario. Se continúa rezando por el Padre, que sigue debilitándose pero que sigue plenamente consciente. Por la noche, antes de acostarnos, se reza de nuevo la oración de los agonizantes.

Ese día 20 de noviembre el P. d'Alzon comulga por última vez.

Muerte del P. d'Alzon

El domingo 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen, todo comienza como de costumbre en el noviciado: levantada a las 4,25 y misa a las 7,00 en el colegio. Pero hacia las 9,00 se invita a los novicios a ir nuevamente a su capilla, pues el P. d'Alzon se encuentra en sus últimos momentos. Después, se unen a los alumnos en la capilla del colegio y rezan juntos la oración de los agonizantes, mientras los Padres no abandonan la cabecera del P. d'Alzon.

A mediodía, dicen las efemérides, nuestro muy amado Padre y Fundador se duerme santamente en el Señor y nos deja para ir a ocupar en el cielo el lugar que le han merecido su santidad y todo aquello que constituye una larga y santa vida.

Otros testimonios, a los que hará alusión el artículo inicial de *La Croix* de diciembre, nos dicen que los religiosos que rodeaban al P. d'Alzon, después de las oraciones de los agonizantes, prosiguieron con el rezo del rosario:

Después de los misterios dolorosos, pasaron a los misterios gloriosos y, cuando habían acabado la 14ª decena, la de la Asunción, el Padre exclamó por última vez: "Jesús mío, te amo". Era mediodía, en la fiesta de la Presentación: Nuestra Señora de la Asunción lo había llevado al templo eterno. En la tierra las campanas repicaron alegremente el "Angelus" anunciado a los fieles la buena nueva del ángel: El ángel anunció a María que tendría un hijo.

Desde que el Padre exhaló su último suspiro, los religiosos suben a su habitación y besan religiosamente por última vez sus venerados despojos mortales. Después del aseo fúnebre,

los novicios van de dos en dos a rezar junto al cuerpo recostado sobre el lecho, vestido sencillamente como religioso, llevando puesta la estola morada y sosteniendo en las manos su rosario y su crucifijo. Las oraciones continuaron durante la noche; el final del día fue dedicado a enviar cartas y telegramas anunciando la muerte del P. d'Alzon.

El P. Picard, Vicario General, escribe una carta a los religiosos de la Asunción para recordarles las oraciones de regla y para convocar el Capítulo General. La decisión fue tomada de acuerdo con los asistentes generales presentes, a fin de que se pueda comenzar el Capítulo enseguida después de los funerales y simplificar así los desplazamientos de los religiosos. Esta decisión, impuesta por las circunstancias, obliga al P. Picard a notificar a la Congregación de Obispos y Regulares, por medio del amigo del P. d'Alzon y de la Asunción, monseñor Mercurelli, secretario para los Breves a los Príncipes.

Al final del día, a las 22,00 horas, el cuerpo del P. d'Alzon es bajado de su habitación y llevado a la capilla del colegio, para ser puesto en un catafalco a la entrada del presbiterio. El entierro está previsto para el miércoles 24 de noviembre.

¿Hubo alguna intervención del cielo en la muerte del P. d'Alzon? Sólo la Madre María Correnson, dos años más tarde y en otro contexto, relata en su memoria presentada a monseñor Besson el 16 de noviembre de 1882 el siguiente hecho:

La noche de ese mismo día 21 de noviembre, a las 7 horas, un hecho extraordinario se produjo. Una luz en forma de corazón iluminó de golpe mi celda y se elevó a la altura de un metro cincuenta; su ascenso era lento, muy lento, y me dejó una muy dulce impresión.

Ocho días después, se lo conté al P. Emmanuel: se sorprendió mucho y me preguntó si yo podía precisarle la hora. "Fue entre las siete y las siete y cuarto". "Vaya qué coincidencia curiosa, me dijo, los religiosos terminaban en ese momento de cantar el oficio de difuntos".

Está escrito en las efemérides del noviciado lo siguiente: "A las 7,15 (de la tarde) rezo de completas, maitines y laudes de difuntos". El relato de este hecho es reproducido en la biografía de la Madre María Correnson (*Pages d'Oblation*, I, P. 101). El 1º de enero de 1943, su hermana Louise recordaba aún que la Madre se lo había confiado a ella en aquel entonces.

EXEQUIAS DEL P. D'ALZON Y FUTURO INMEDIATO DE LA ASUNCIÓN

Teniendo siempre por guía las efemérides del noviciado de Nimes, proseguimos con la presentación de los acontecimientos que van a desarrollarse desde la muerte del P. d'Alzon, el 21 de noviembre, hasta la partida de los novicios de la Asunción a España, el 7 de diciembre: exequias del P. d'Alzon, celebración de sufragios y decisiones concernientes a la Asunción.

Velorio fúnebre

Todos los religiosos que pueden llegar a Nimes lo antes posible para ver por última vez el cuerpo del P. d'Alzon, que estará expuesto hasta las 21,30 horas del lunes 23 de noviembre. No pudieron ser fotografiados sus despojos mortales por falta de luz; pero el profesor de dibujo del colegio, el señor Rastoux, hizo un bosquejo a lápiz de su rostro, dibujo que fue reproducido en *La Croix* de diciembre (pág. 604).

Esta mañana hemos podido verlo en la capilla, nuestra Madre y yo, –escribe el 22 de noviembre la Madre Marie du Christ a la Madre Thérèse-Emmanuel–. Parece dormir. Esa

hermosa cabeza ha conservado una expresión tan noble, tan serena y en calma que es un descanso mirarla, pues la muerte no le ha dejado ninguna huella desagradable, sino más bien un rayo de esa luz divina en la que esperamos que la Santísima Virgen le hiciera entrar ayer, presentándolo junto a ella en el paraíso. [...] Toda la ciudad está muy conmovida, como se imaginará.

Y la Madre María Eugenia escribe el 23 de noviembre: *Ante esta muerte tan santa, en la que todos los hermosos rasgos de piedad del P. d'Alzon han resplandecido tan bien en el sufrimiento, todas las almas, y la mía en particular, están llenas del recuerdo de sus virtudes y de su acción a favor del bien. Una unión admirable se crea junto a sus restos mortales. La Madre pedirá a todas sus Hijas que pongan por escrito, como lo está haciendo ella misma, "todos sus recuerdos" sobre la vida del P. d'Alzon.*

Desde que la capilla del colegio se abrió al público una gran concurrencia de fieles vino a unirse al duelo de los religiosos. No cesaban de tocar el cuerpo del difunto con medallas, rosarios, cruces y otros objetos de piedad, mientras que las coronas ofrecidas por los alumnos, antiguos y actuales, por los profesores, por otras personas, y por las comunidades de Nimes se acumulaban en torno al catafalco.

A las 21,30, tuvo lugar el cierre del ataúd. Desde el reconocimiento de los restos del P. d'Alzon, el 2 de noviembre de 1964, sabemos que el cuerpo estaba revestido con el hábito religioso con el cual el Padre había querido ser inhumado, sotana de botones, cordón terminado en borlas, esclavina con amplio capuchón que le cubría lo alto de la cabeza, zapatos de cordones, una estola sobre el cuerpo y una corona de flores sobre el pecho, y cerca del cuerpo un frasco de vidrio que contenía un texto en latín de 74 líneas que llevaba como título *Compendium vitae Emmanuel d'Alzon*, y firmado *S(ecretar)ius Congre(gation)is Alexis Dumazer*. Fotocopiado en 1964, ese texto fue publicado en *Assomption 1965* (febrero de 1965)

Fuera caía aguanieve, pero no por eso disminuyó la premura de la gente del exterior por venir a rezar junto al cuerpo durante de todo el día 23 de noviembre. El libro de pésames cuenta 1377 firmas, lo que da una idea de la afluencia de gente que se apretujaba en esta capilla ardiente durante los dos días que mediaron entre la muerte y las exequias.

Mientras se desarrollaba esta larga velada fúnebre, el P. Picard, vicario general, tiene que tomar las medidas de urgencia para los funerales y para la salvaguarda del colegio.

Numerosos telegramas fueron enviados a las personalidades eclesiásticas y civiles que tenían algún derecho a estar presentes en las exequias.

*Padre d'Alzon muerto como un santo, plenamente consciente.
-Exequias miércoles 10 horas.*

Se redactó una carta de notificación en latín y en francés, según los destinatarios fuesen clérigos o laicos, escrita en nombre de la familia, del Obispo, del clero de Nimes y de los religiosos de la Asunción. Se imprimió un recordatorio con la fotografía del difunto en el anverso y el texto latino del comunicado y, en el reverso, una insistente petición de oraciones de parte de los religiosos de la Asunción para su fundador, el cual:

Premunido de los Santos Sacramentos de nuestra Madre la Santa Iglesia, ha sido presentado por la propia Bienaventurada Virgen María a su divino Hijo, en el 71º año de su vida, el 31º de su profesión religiosa y de la profesión de sus primeros discípulos y el 34º de la creación de su Instituto.

El 22 de noviembre, con el senador Numa Baragnon, que acababa de llegar a Nimes, se dio forma al proyecto preparado por él en París, para salvar el colegio de la Asunción: presencia de religiosos en el cuerpo profesoral reducida al mínimo, dirección del establecimiento confiada enteramente a un laico, transferencia de la propiedad a una sociedad civil, promesa de realizar estas medidas antes del 9 de diciembre. La ejecución del decreto prefectoral del 13 de noviembre, se realizaría pues sin violencia, pero no sin una protesta escrita, firmada

por los ex-alumnos y los padres de los alumnos actuales que pasaban por el colegio para recogerse junto a los despojos mortales del P. d'Alzon. Y la Academia no podría sino desistir de su oposición a que Louis Allemand tomara posesión del establecimiento escolar.

Los novicios, cuya generosidad está a la altura de aquella prueba, habrán de añadir a sus trabajos la acogida a sus mayores en la vida religiosa: el P. Tissot y el Hno. Hudry del alumnado de Châteaux; el P. Vicente de Paúl Bailly de la comunidad de París, y el P. Brun del alumnado del Vigán, llegados el 22 de noviembre; los Padres Pernet y Germer-Durand de la comunidad de París; el P. Morel del orfanato de Arras y el P. Maubon del alumnado de Clairmarais, llegados el 23; el P. Falguyrette y cuatro alumnistas de Alès, entre ellos el futuro P. Ernest Baudouy, llegados el 24.

Las exequias

Toda la mañana del 24 de noviembre, desde las siete hasta la una de la tarde, estará dedicada a los funerales del P. d'Alzon. Éstos se desarrollan en dos tiempos y en dos lugares distintos, como él mismo lo había decidido el 3 de noviembre.

Primero en la capilla del colegio con el canto solemne de la misa de difuntos, celebrada por monseñor de Cabrières, a título de discípulo del P. d'Alzon como alumno, y porque fue colaborador suyo como director del colegio y como vicario general de Nimes. Lo acompañaban en el altar, el P. Picard como sacerdote asistente, el P. Saugrain como diácono y el P. Brun como subdiácono. Entre la misa y el responso, monseñor de Cabrières pronunció una alocución:

Desarrolló admirablemente, en nombre de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de la Iglesia, estas palabras de las Sagradas Escrituras: Euge, serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui [...] con palabras cargadas de sentimiento y de elocuencia, cuyo texto esperamos reproducir pronto, –se dice en La Croix de diciembre.

O sea, que el obispo había hablado sin notas escritas y no tenemos ningún indicio de que su discurso haya sido reconstituido.

Después de este funeral más íntimo, tuvieron lugar las exequias en la iglesia parroquial de Santa Perpetua. A las 10 horas el P. Clastron, vicario general, acompañado de numeroso clero, vino al colegio para realizar el levantamiento del cadáver. El féretro fue puesto sobre unas angarillas adornadas con flores y se organizó el cortejo para cruzar el jardín del noviciado, salir por la puerta de la avenida Feuchères y desplegarse luego por toda su amplitud en medio de un nutrido y silencioso gentío.

En el pórtico de la iglesia de Santa Perpetua, Mons. Besson rodeado del Capítulo de su catedral, “*haciendo esfuerzos para retener sus lágrimas a punto de desbordarse*”, espera el féretro y lo conduce al catafalco con las habituales plegarias. En la iglesia sólo pueden entrar el cortejo y el duelo, mientras el párroco de Santa Perpetua, el P. Londès, oficia y la *schola* de música sacra de Nimes canta la misa de *Réquiem*. Monseñor Besson asiste en el trono con sus vicarios generales y reza el responso final.

Después se vuelve a formar el cortejo en el mismo orden que anteriormente, para dirigirse al cementerio Saint-Baudille, por la calle Notre-Dame y el camino de Aviñón. Sería difícil con las indicaciones de la prensa local reconstituir el orden exacto del cortejo. Destaquemos no obstante, las indicaciones dadas por *La Gazette de Nimes*:

En la fila de las mujeres, había numerosas representantes de nuestros orfanatos, los socios de Notre-Dame des Sept-Douleurs, y de la Orden Tercera, las damas de la obra de la Misericordia, a quienes había fundado y dirigido el P. d'Alzon, las delegaciones de todas nuestras comunidades religiosas y la comunidad de las Oblatas de la Asunción con su externado de muchachas.

En la fila de los varones hemos observado una delegación del colegio Saint-Stanislas, varias sociedades de beneficencia, los socios de la obra de los ex-alumnos de los Hermanos, un gran número de ex-alumnos del colegio de la Asunción, notabilidades de

todas las administraciones, delegaciones de pueblos como El Vigán, Beaucaire, Montagnac, Alais, etc.

El clero de Nimes está al completo, aumentado además por varios sacerdotes del exterior. Estaban los señores capellanes, párrocos, los decanos, los arciprestes, los canónigos honorarios, los miembros del Capítulo de la catedral y los vicarios generales. Presidía el duelo el señor de Puységur, sobrino del Rdo. P. d'Alzon, acompañado por Su Excelencia Monseñor el obispo de Montpellier. Detrás de él se alineaban todos los religiosos Agustinos de la Asunción presentes en Nimes, los parientes menos cercanos del Rdo. P. d'Alzon, entre los cuales figuraba el señor senador Baragnon, todos los miembros del Consejo municipal y gran número de personalidades de la ciudad y del departamento.

El féretro del P. d'Alzon rodeado por sus coronas y sus ramilletes, dominaba todo este imponente cortejo, mientras el gentío se formaba todo alrededor en una doble hilera muy densa para saludar por última vez a aquel cuyo celo era tan conocido.

Tenemos la impresión de que el cronista se afana en enumerar grupos y delegaciones hasta el punto de no hacer mención de los alumnos actuales del colegio. En cuanto a los ex-alumnos, eran “cerca de 200”, escribe el P. Tissot. Más sobriamente el P. Pernet escribe a la Madre María de Jesús ese mismo día:

Todo el mundo rezaba y lloraba, el silencio estaba lleno de respeto y de duelo. Nunca he visto, ni sentido nada igual en mi vida: era el triunfo de un santo que se revela cuando ya no existe.

Para la ciudad de Nimes, el duelo era realmente público. Presente como alumnista de Alès el P. Ernesto Baudouy escribe:

Ni siquiera los protestantes dejan de venir a rendir homenaje a los despojos de aquel que los había combatido por celo apostólico y por la salvación de sus almas.

Las campanas de todas las parroquias tocaban a muerto. Sobre una población total de 63.000 habitantes en 1880, “unas 30.000 personas”, escribe el P. Tissot, hacían un cordón hasta los límites de la ciudad y más allá. La Madre Marie du Christ da la misma estimación.

Pero lo más impresionante, y lo que más llamó la atención a todo el mundo, fue el silencio y el recogimiento de esta multitud: “con su mudo dolor todos parecían reconocer en este gran difunto a un pariente que había ocupado un lugar tan importante en la ciudad”.

Le Midi, periódico republicano de Nimes, debe aceptar, aunque escriba con una punta de maldad dirigida a los participantes y al P. d'Alzon:

En este considerable gentío que formaba filas desde la iglesia de Santa Perpetua hasta el cementerio de Saint Baudille, los curiosos estaban también en gran número sobre la explanada y ante el paso del coche fúnebre. Por todos lados la aglomeración era grande y los reaccionarios pudieron ver que cuando él no provocaba a la gente con los gritos que conocemos, el orden público no se altera en lo más mínimo.

Monseñor Besson retomaría con mucha más altura la lección de este silencio, en su carta de elogio fúnebre al P. d'Alzon que iba a aparecer al día siguiente de los funerales:

Han venido de todas partes para celebrarlos, de Marsella como de Montpellier, de las márgenes del Ródano como de los Cevenas. No describiré esta pompa fúnebre que duró tres horas en medio del silencio más fervoroso y más doloroso que jamás hubo, cuando la muchedumbre elegida que componía el cortejo pasaba en medio de otra muchedumbre no menos simpatizante y entristecida, todas las frentes se descubrían, en las calles, en las plazas públicas y en el cementerio. Todos los labios murmuraban una plegaria, todas las miradas se dirigían al cielo. Así la paz profunda que había marcado la agonía del P. d'Alzon se reencontraba como un reflejo de su alma en todo el recorrido de sus despojos mortales, y él, que había dicho tantas veces y con tanta autoridad: “Levántense, pónganse de pie, hablen,

exijan, reivindiquen los derechos de la Iglesia”, parecía mandar todavía en el silencio de su tumba y decirnos: “Ahora que yo reposo en Dios, cállense pero recen”. El P. d’Alzon fue obedecido: ni un grito, ni una palabra, ni un gesto se elevó contra esta modesta consigna.

Monseñor Besson evoca seguidamente la presencia a ambos lados del coche fúnebre de los ex-alumnos y de los alumnos del colegio:

Aquellos que, desde hace cuarenta años, están en la magistratura, en el foro, en el campo y en el claustro, testigos irrefutables de la fe católica, éstos que dentro de sesenta años recordarán todavía haber llevado, en el cortejo de su maestro, la bandera de la Asunción y de haberla inclinado ante el féretro como para recoger y grabar en ella sus últimos ejemplos y sus últimas lecciones.

Hablando de la presencia de monseñor de Cabrières y de la suya, monseñor Besson escribe:

En este gran espectáculo, a los dos obispos de Montpellier y de Nimes incumbía el cuidado de conducir, uno el cortejo de los sacerdotes y el otro el de los fieles, intercambiando, como buenos vecinos, amigos y hermanos de armas, miradas y pensamientos y diciéndose uno al otro: “No nos quejemos de que el P. d’Alzon no haya escrito libros, pero ha formado a hombres y, de esos hombres, unos terminan de edificar el siglo actual y otros edificarán el siglo futuro. Todos son sus discípulos, sus amigos y sus hijos. Más que a un rey, es a un padre a quien hemos perdido”.

Monseñor Besson repetía aquí las palabras de una mujer del pueblo, pronunciadas con ocasión de la muerte de Lacordaire en Sorèze, el 21 de noviembre de 1861: *“Teníamos un rey y lo hemos perdido”.*

La sepultura

Cuando el cuerpo del P. d’Alzon llegó al cementerio Saint-Baudille, fue piadosamente depositado en el panteón de la Asunción, según la voluntad del Padre, en medio de sus amigos y de sus hijos, los maestros y los alumnos del Colegio, sin ninguna inscripción personal, salvo la mención de su nombre en el ataúd, para hacer posible el reconocimiento de sus restos. La tumba misma llevaba esta simple inscripción que cada uno de sus ocupantes podía hacer propia y que es un acto de fe y de esperanza en la vida futura.

Hic Assumptionis alumnorum ossa donec mutatio veniat.

No se pronunció ningún discurso. Sólo monseñor de Cabrières llegó hasta el cementerio, mientras que monseñor Besson abandonó el cortejo a la altura de la plaza de la Couronne, tras una última bendición: Cerca de la tumba cerrada, monseñor de Cabrières quiso solamente estrechar las manos de los alumnos y ex-alumnos de la Asunción. Traduciendo los sentimientos de todos, monseñor Besson escribe en su carta pastoral:

Adiós, Padre, adiós, carro que lo eleva al cielo; “Pater mi, Pater mi, currus Israel et auriga ejus”; nos queda su manto y es suficiente para que nosotros hagamos de él el estandarte de un gran colegio, pasando como usted, valiente y radiante, en medio de los ultrajes, viviendo y muriendo como usted, firme, libre, con el corazón vuelto a Dios y con el perdón en los labios.

Al ver a los Padres regresar del cementerio, la Madre María Eugenia no pudo contener su emoción de amiga, de religiosa y de fundadora. Ciertamente ella los había ayudado para que *“todo fuera favorable al porvenir de la Congregación masculina”,* y tenía conciencia de que *“ese momento, en que los últimos restos desaparecen en la tumba, es por lo general el de la*

entrada en el paraíso para las almas buenas y santas”. No obstante, ella no podía dejar de “*considerar este día como el más triste de todos*”.

La jornada de ayer ha sido muy dolorosa, –escribe el 25 de noviembre la Madre Marie du Christ a la Madre Thérèse-Emmanuel–. Nuestra pobre Madre miraba frecuentemente por la ventana para ver pasar el triste cortejo. No pasó por allí, el prefecto lo había prohibido. Pero hemos visto regresar a todos los pobres Padres juntos. Fue lo más doloroso. Nuestra Madre se puso a llorar y nosotras estábamos muy emocionadas.

Ella había decidido prolongar su presencia y su abnegación y no irse de Nimes sino hasta después de la elección del Superior General, fijada para el jueves 25 de noviembre, y siguió “*dictando notas sobre el Padre d’Alzon para los Padres*”. La Madre Marie du Christ escribe: “*Pediré al P. Picard que nos devuelva ese precioso documento, pues nosotras encontraremos en él una gran parte de la vida de nuestra querida Madre, narrada por ella misma*”.

El Capítulo General

En la tarde que siguió a los funerales del P. d’Alzon, ese 24 de noviembre, tiene lugar la apertura del Capítulo General.

A causa de las circunstancias que vivimos, relatan las efemérides del noviciado, la Congregación no puede quedar mucho tiempo sin Superior General y, a las 5:30, todos los religiosos y novicios se reúnen en la gran biblioteca para la sesión de apertura del Capítulo General de elecciones.

Desde hacía dos días se preparaban para este Capítulo en la oración y ésta es la que convoca nuevamente a los religiosos. Después de la lectura de los miembros del Capítulo, sólo éstos se quedaron en la sala capitular. Bajo la presidencia del P. Picard, están presentes los Padres Saugrain, Brun y Laurent como Asistentes Generales, y los Padres Tisot, Pernet, Vicente de Paúl Bailly, Emmanuel Bailly, Dumazer, Germer-Durand, Maubon y Morel. Por motivos reconocidos como legítimos están ausentes los Padres Halluin, Galabert y Descamps.

Se recuerda que el Capítulo ha sido convocado para elegir a un sucesor del P. d’Alzon, recientemente fallecido. A fin de atraer el favor de Dios para esta elección, el Capítulo envía al Santo Padre un telegrama para pedirle su bendición. Luego el P. Picard da a conocer los dolorosos detalles de su nombramiento como Vicario General. Finalmente explica por qué ha convocado el Capítulo sin los plazos fijados por las Constituciones: las dificultades de estos tiempos son la causa, y sólo lo ha hecho después de consultar a los Asistentes Generales, todos unánimemente favorables a una convocatoria inmediata, por otra parte prevista en las Constituciones en caso de urgencia, y habiendo informado antes a la Congregación de Obispos y Regulares.

En la mañana del jueves 25 de noviembre, después de la celebración de la misa del Espíritu Santo y de las plegarias reglamentarias, el Capítulo pasa a las elecciones. El Revdo. Padre Picard es elegido Superior General de la Congregación por unanimidad. Son elegidos Asistentes Generales los Padres Saugrain, Vicente de Paúl Bailly y Laurent. Previendo la dispersión de los religiosos, se elige como examinadores de los diez novicios a los Padres Saugrain, Halluin, Brun, Vicente de Paúl Bailly, Dumazer, Morel, Pernet, Maubon, Bouvy y Laurent.

Después de las elecciones el Capítulo toma las siguientes disposiciones:

En caso de la expulsión de los religiosos, el colegio de Nimes se cerrará, a menos que se constituya una sociedad civil que lo continúe, en condiciones aceptadas por la Congregación.

A causa de las circunstancias actuales, sin dejar de conservar el principio de la división del Instituto en Provincias, se deja al Superior General toda libertad para esperar el momento apropiado para nombrar a los provinciales.

Los religiosos no aceptarán secularizarse bajo ningún pretexto, ni siquiera para conservar obras importantes.

La composición del Capítulo General quedará hasta nueva orden y por el bien de la unidad, tal como ahora existe.

A las tres de la tarde todos los religiosos acuden a la sala capitular para la sesión de clausura. El P. Laurent, secretario del Capítulo, informa acerca de las elecciones que han tenido lugar por la mañana y, según el ceremonial, se dirigen en procesión a la capilla del colegio donde, tras una breve alocución, el P. Picard recibe la expresión de obediencia de los religiosos.

Desde Roma monseñor Macchi, Camarlengo de Su Santidad, hizo saber al P. Picard la satisfacción de León XIII por su elección y el cardenal Sacconi sólo hizo algunas observaciones sin importancia sobre la brevedad del informe.

El P. Tissot está especialmente satisfecho por el rechazo a la secularización, aunque la situación del colegio y de los "alumnados" permanece aleatoria.

Sufriremos la persecución, escribe al P. Bador, permaneciendo lo que somos y tomando todos los medios proporcionados por las circunstancias para continuar, si no todas nuestras obras, al menos todo el vigor de nuestro espíritu y nuestra homogeneidad propia. La conservación de nuestro colegio es ahora dudosa [...] si los ex-alumnos quieren ponerse de acuerdo entre ellos para remplazarnos y ocupar nuestros cargos [...] Nada muy claro se ha dicho aún respecto a los alumnados, que siguen amenazados.

El P. Pernet se refiere en estos términos del nuevo Superior General en una carta a la Madre María de Jesús y recomienda a las Hermanitas que oren por él:

El pobre P. Picard cree soñar, y aunque él tiene motivos para pensar que goza de nuestra confianza, la realidad no le parece menos pesada. Le somos fieles y nos esforzamos por aliviar su carga. Le ruego anuncie esta elección a nuestras hijas y recomendarles muy particularmente que recen por nuestro nuevo Padre General.

Desde Andrinópolis, el P. Galabert escribe al P. Picard, el 27 de noviembre:

Todos hemos agradecido al Señor que nos haya dado, en substitución de nuestro Padre, a su hijo mayor, podríamos decir. Ninguno de nosotros es más hijo suyo que usted, su hijo predilecto. [...] De modo que tenga la seguridad de que todo el mundo se alegra de verlo al frente de la obra de la Asunción.

Tras lo cual el P. Galabert expresa su entera disponibilidad y añade:

Estoy inquieto y preocupado sobre todo por nuestras religiosas Oblatas, usted conoce el motivo; le diré solamente que hoy las de Andrinópolis no tienen más que un solo deseo, el de seguir en todo su dirección y dejarse guiar por usted.

Sin duda, las circunstancias son la gran causa de la brevedad de este Capítulo. Estando todas las comunidades de los religiosos pendientes de la expulsión, los responsables no podían demorarse en Nimes, y no era posible seriamente abrir algunos informes dejados en suspenso, tales como: la unión con los Agustinos, que Roma acababa de volver a poner en punto muerto, la aprobación de las Constituciones, siempre pospuesta debido a esa perspectiva de unión, y era sin duda imposible retomar, para perfilarlas, las relaciones establecidas por el P. d'Alzon entre los religiosos y las Oblatas de la Asunción.

Decisiones inmediatas

Sin embargo, sí se tomaron algunas medidas de urgencia. Se aprovechó al principio la presencia del P. Vicente de Paúl Bailly para reunir en la tarde del 25 de noviembre la comisión encargada de la redacción de *La Croix*. Se recordó que según el P. d'Alzon:

La finalidad de La Croix era la lucha, ésta debía ser una revista de combate. [...] Pero nos falta hoy un iniciador poderoso [...] El P. d'Alzon era hombre de intuiciones [...] La obra fue difícil de crear, pero existe y cuenta con más suscriptores que la mayoría de las revistas a pesar de que no cubre gastos y que Le Pèlerin no podrá pagarlos. ¿Debemos continuarla? [...] No se debería abandonar ni Le Pèlerin ni la Vie des Saints y es providencial que en el momento de ser expulsados, tengamos bien a punto poderosos medios de acción que no pueden quitarnos. Pero el P. Vicente de Paúl no basta él solo y se encontrará cada vez más solo.

Para continuar esta obra de prensa importa pues encontrar artículos y redactores. Si nos dirigimos a los religiosos solamente, tendrían que estar “*tan dedicados a las obras de prensa como otros están a las clases en los colegios*” y que sus publicaciones no sean superficiales:

El P. d'Alzon, a pesar de los recursos que le proporcionaba la gran cultura de su inteligencia y de su memoria, dedicaba mucho tiempo a la preparación de sus artículos.

En definitiva todos los miembros de la reunión, los Padres Laurent, Saugrain, Brun, Vicente de Paúl Bailly, Emmanuel Bailly, Pernet, Germer, Morel, Maubon, Bouvy y los Hermanos Romanet, Lombard y Viallet, desean vivamente que *La Croix* continúe. Falta buscar redactores. En el fondo no se decide nada más preciso, y no consta que esta reunión tuviera por objeto dedicar el número de diciembre de *La Croix* a la vida y a la muerte del P. d'Alzon, aunque, según la correspondencia, el P. Vicente de Paúl Bailly se preocupa de reunir artículos e ilustraciones.

En segundo lugar, había que dar continuidad al proyecto de establecer en España a los 24 novicios y estudiantes de Nimes y de París. Las negociaciones, que tuvieron lugar tras el viaje del P. Brun, y la ayuda de las Religiosas de la Asunción permitían prever una estadía temporal en el convento de los Agustinos de la Vid, en las cercanías de Madrid, en espera de instalarse en un convento carmelita abandonado cerca de Osma. Por otra parte, gracias a la gestión de un ex-alumno de la Asunción, se podía contar con la compañía marítima hispano-francesa de Sète para el pasaje gratuito hasta Barcelona.

El P. Emmanuel Bailly recibió la responsabilidad de la partida y de la instalación en España del noviciado. Tenía que organizar la acogida en Sète de los dos grupos de novicios, su embarque y su viaje en ferrocarril de Barcelona a Madrid. La preparación del equipaje incumbía a los novicios. Ante la incertidumbre de lo que encontrarían, era una gran mudanza, comenzando por la biblioteca y siguiendo con la ropa, las sábanas y las mantas. Y no podían dejar de llevar también diversos objetos que habían sido utilizados por el P. d'Alzon y que se consideraban como reliquias: vasos sagrados, ornamentos litúrgicos, etc. Sobre todo sus innumerables manuscritos y su vasta correspondencia, pues el P. Emmanuel Bailly planeaba ya escribir la vida del fundador de la Asunción.

Finalmente había que asegurar el futuro del colegio y de los alumnados. A pesar de la fiebre de los preparativos para la partida a España, el colegio continuaba funcionando; y se pusieron en práctica medidas decididas para salvaguardarlo. Fueron autorizados a quedarse a título personal los Padres Laurent, Bouvy, Grelet y Martin. Se constituyó la sociedad civil para que comprara el colegio y se convirtiera en su propietaria legal; pero antes había que liberar al colegio de sus deudas, medida en la cual el P. d'Alzon ya había pensado antes de su muerte. Luis Allemand, nombrado director responsable del establecimiento ante la Academia, para ser aceptado como tal, vino a vivir en el colegio para que quedara manifiesto que era él el jefe para las relaciones con el exterior y la marcha de los estudios, mientras que el P. Laurent era solamente el superior de los tres religiosos y de otros maestros eclesiásticos o laicos para la disciplina interior.

Respecto de los “alumnados”, presentándolos como obras de asistencia escolar para jóvenes recogidos y educados gratuitamente, quedaban justificados ante la Academia y, con algunas medidas de reorganización, sea del personal, sea de las casas, pudieron continuar tanto en el Norte como en el Sur de Francia. El alivio en la persecución, (pero todavía no se sabía), va a permitir la reanudación y el desarrollo en Francia de una obra que se habría podido exiliar precipitadamente. Desde 1886, el noviciado será repatriado a Livry cerca de

París, y para esta fecha las obras de prensa estarán en pleno auge con *La Croix* convertida, en 1883, en periódico diario.

Para hacer frente a las deudas más notables, después de muchas dudas, a finales de 1881 se decidió vender la casa natal del P. d'Alzon y fusionar el "alumnado" del Vigán con el de Alés. La condesa de Ursel, dirigida del P. Picard, aceptó convertirse en su propietaria:

En cuando a aquéllos de nuestros amigos, escribe el P. Brun en una nota del 12 de enero de 1883, que quieren ver un mito en la señora de Ursel, están en un error muy grande: ella es la real y absoluta compradora, dueña de disponer de su inmueble como le parezca; pero – agrega– hay que bendecir sin embargo a la Providencia porque sea así, ya que con tal propietaria, tenemos la certeza moral de que la casa del P. d'Alzon no pasará a manos de protestantes.

Más tarde la señora d'Ursel, antes de convertirse en la fundadora de las Orantes, nombrará, en 1896, heredera de sus derechos sobre El Vigán, a su propia hija, la marquesa de Virieu, y ésta en 1933, permitirá a la Asunción volver a ser la propietaria de la casa natal del P. d'Alzon, a condición que el precio de su compra sea entregado a las Orantes fundadas por su madre. En 1939 el P. Gervasio Quenard instala a las Orantes de la Asunción en ese castillo de la Condamine, donde están todavía [lo abandonaron en 2003]; –mientras que los descendientes de la familia de Puységur siguieron ocupando el castillo de Lavagnac, asegurando así el mantenimiento del mismo [lo vendieron en el año 2000].

Celebraciones en sufragio del P. d'Alzon

Resumiendo la impresión general acerca de la muerte y las exequias del P. d'Alzon, el P. Picard escribe, el 30 de noviembre, al P. Galabert:

Su carta no ha encontrado con vida a nuestro Padre; entregó a Dios su hermosa alma plenamente consciente y en absoluto abandono a Aquél a quien tanto había amado y hecho amar. Su ternura para con la Santísima Virgen se había acrecentado aún más y esta Madre ha velado de manera visible sobre sus últimos instantes. No había más que una exclamación en medio de las lágrimas: "Ha sido verdaderamente la muerte de un santo". No más divisiones en la ciudad; consternación universal, una especie de estupor reinaba en todas partes. El jefe ha caído recemos mucho, lo necesitamos. [...] Pongámonos en las manos de Dios, él nos ha herido en el corazón, a él le toca curar la herida y perpetuar la vida.

En efecto, la misma oración que se había elevado desde el anuncio de la enfermedad del P. d'Alzon, va a continuar después de su muerte. Todos aquéllos que lo habían conocido y amado quisieron tomar parte en ella: en Nimes, en Montpellier, en El Vigán, en Lavagnac, pero ya antes en torno a las comunidades de religiosos y religiosas de la Asunción. En todas partes donde les fue posible, los Padres y las Hermanas, los alumnos y los "alumnistas", los terciarios y los amigos de la Asunción, se reunieron para celebrar sufragios. Las cartas recibidas lo atestiguan y no son más que un indicio.

Por ejemplo, en París, al recibirse el anuncio de la muerte del P. d'Alzon, la Madre Stephanie escribe desde Auteuil:

Hemos tenido una misa de Réquiem cantada esta mañana y pasado mañana tendremos otra celebrada por sus amigos de la calle François Premier, y otro día, otra en el externado. La prueba parece unir más a las dos Asunciones. Pero es tan grande en estos momentos para ustedes que presagia seguramente numerosas gracias.

Por su parte, el 28 de noviembre, el P. Doumet escribe:

Se han celebrado misas de sufragio por el P. d'Alzon en Auteuil, Grenelle, Malesherbes. Me ha sido imposible reconocer a todas las personas que se encontraban allí y apenas pude citar algunos nombres al Padre Bailly.

Las efemérides del noviciado de París dan las fechas de estas celebraciones, la más importante de las cuales fue la que tuvo lugar en Auteuil, el 24 de noviembre:

A las diez de la mañana las dos comunidades expulsadas se reúnen en el convento de Auteuil, y el P. Jean canta la misa en medio de gran concurrencia de amigos tanto eclesiásticos como laicos. Sería demasiado largo citar por sus nombres a todos aquellos que con su presencia han querido testimoniar su estima por el P. d'Alzon; baste nombrar de paso al abate d'Hultz, vicario general, a los cinco párrocos de Chaillot y de Sèvres y sus vicarios, los Padres de Soulay, Godel, Charette, Bailly, Robinet de Cléry y muchos otros más. En medio de una asamblea tan notable, la ceremonia fue bella y conmovedora. Después de misa, la Madre Marie Séraphine quiso reunir alrededor de una misma mesa a aquellos a quienes la persecución había dispersado.

El mismo encuentro fraterno había tenido lugar en Grenelle, en la casa de las Hermanitas de la Asunción, el 23 de noviembre. Estos mismos sentimientos unieron en la oración a los Padres y a las Oblatas de Oriente, a los Padres y a las Religiosas con sus alumnos en el convento y en el alumnado de Nice. En su convento de Madrid, las Religiosas se unieron de corazón a los novicios de Nimes y de París, en una celebración de sufragio presidida por monseñor Guidi, el 23 de noviembre.

En Nimes, sabemos por la efemérides del noviciado que los novicios tienen la posibilidad de ir a rezar en grupos ante la tumba del P. d'Alzon y que la habitación donde murió fue transformada en oratorio. A pesar de los preparativos para la partida, participan el 30 de noviembre en la misa con responso, en casa de las Oblatas de la Asunción, donde el P. Emmanuel Bailly pronuncia una plática sobre la muerte del P. d'Alzon; estarán ahí nuevamente el 4 de diciembre, y el 6 van a casa de las Religiosas de la Asunción para un servicio fúnebre análogo solicitado por la Madre Marie du Christ. Ella misma escribe al P. Bailly:

Me parece que no podemos decirnos adiós mejor que rezando por aquel a quien tanto echamos de menos.

La Madre María Eugenia había partido de Nimes el 27 de noviembre con el P. Vicente de Paúl Bailly para regresar a París.

Desde la muerte del P. d'Alzon, monseñor de Cabrières se comprometió a hacerle un funeral solemne en su catedral. El 21 de noviembre escribe al Padre Emmanuel Bailly:

Quiero expresarle enseguida la pena que me causa su inconsolable dolor. Conocía y amaba al P. d'Alzon desde hace demasiado tiempo, su recuerdo y su acción directa estuvieron demasiado mezcladas en todos los acontecimientos de mi vida como necesitar de decirle cuál es mi pesar [...] En este gran duelo quiero estar con los hijos y los alumnos del P. d'Alzon; haré celebrar aquí un funeral solemne en la catedral por el descanso de esta alma tan valiente y tan santa.

El 26 de noviembre renueva su invitación, escribiendo al P. Picard, a quien felicita por su elección:

Cuento con que, si nada se lo impide, venga para el funeral del P. d'Alzon y confío en que no vendrá solo. Le esperaré. Solamente tenga la bondad de comunicarme el número de mis huéspedes. ¿No le parecería oportuno traer a algunos alumnos con nuestro viejo estandarte? Si el R. P. Emmanuel juzgase oportuno hablar de esta misa con las Damas de la Misericordia, y si algunas de ellas deciden venir, me gustaría mucho saberlo.

Esta misa la celebró efectivamente monseñor de Cabrières en su Catedral el 1º de diciembre, con la participación del Padre Picard y del P. Emmanuel Bailly y de las personas que el obispo había mencionado. A ellos se agregaron las Religiosas presentes en Montpellier, sacerdotes de la diócesis de Nimes, sin hablar del pueblo y del clero de la ciudad en donde el P. d'Alzon tenía más de un motivo para ser amado y admirado.

Monseñor Caraguel, obispo de Perpiñán, quien tenía en su ciudad a una de las primeras fundaciones de las Hermanitas de la Asunción fuera de París, y a un grupo de alumnos y ex alumnos de Nimes, quiso también honrar la memoria del P. d'Alzon con una misa solemne en su catedral. De paso por la comunidad de las Hermanitas, el P. Pernet escribe, el 28 de noviembre, a la Madre María de Jesús:

Mañana a las 10 horas canto la misa en la catedral por el P. d'Alzon. Asistirá Monseñor. Se ha convocado a los ex-alumnos y a todos los amigos.

El 30 de noviembre, el *Rousillon*, periódico de Perpiñán, da cuenta de esta misa:

La hermosa catedral donde el P. d'Alzon había atraído a un auditorio tan numeroso durante el retiro del 1 al 8 de diciembre de 1863 ha rendido así un último homenaje a la memoria de este ilustre religioso.

La celebración en El Vigán tuvo lugar el 2 de diciembre, en la iglesia parroquial de San Pedro, donde el P. d'Alzon había sido bautizado, con la participación de los alumnos del "alumnado", de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de los sacerdotes de los alrededores y de las personalidades de la comarca. El abate Chapot, misionero apostólico, comenzó su elogio fúnebre con estas palabras:

Un valeroso soldado ha caído en Israel; la ciudad, la diócesis y la Iglesia están de luto; el sacerdote al que lloramos ha ido a presentar ante Dios un alma valiente y benemérita, que siempre defendió los sagrados derechos de la conciencia y de la Iglesia.

Luego expuso "las virtudes del sacerdote de Jesucristo, el celo del apóstol de la fe y el coraje del atleta de la Iglesia". Para que este elogio no cayera en el olvido, cuatro ex-alumnos de la Asunción originarios del Vigán se encargaron de publicarlo en un folleto de 44 páginas, aparecido en Nimes en 1881.

El 27 de noviembre escribía al P. Picard desde Lavagnac la condesa de Puységur:

El jueves se celebrará en Montagnac el funeral del que le ha informado Jean, a fin de permitir a todos aquellos que lo han conocido y amado aquí, venir a rendir un último homenaje y una piadosa oración. No necesito repetirle, Padre, cuán felices estaríamos de verlo entre nosotros y de recibirle en este Lavagnac que él amaba. Estaría tan contenta de ver al P. Pernet y al P. Hipólito y de verlo a usted celebrar una misa en esta pequeña capilla donde él rezaba tan bien, como decía siempre. Sé que lo hará si puede.

La sobrina del P. d'Alzon daba una información y hacía una invitación más personal. El P. Picard, que había estado presente el 1º de diciembre en la misa solemne celebrada en Montpellier y no podía dejar de asistir a la misa de novenario prevista en la iglesia de Santa Perpetua de Nimes el jueves 2 de diciembre, pidió al P. Pernet, a su regreso de Perpiñán, "que se dirigiera al castillo de Lavagnac, a casa del señor de Puységur, sobrino del P. d'Alzon para la misa que debía celebrarse allí" ese mismo día.

Podemos lamentar no tener más informaciones sobre esta doble celebración de Montagnac y Lavagnac; pero en cuanto a Montagnac, sabemos que en los funerales del P. d'Alzon en Nimes, estuvo presente una delegación de las obras católicas de la ciudad presidida por el señor Sambucy, miembro del Consejo municipal. Éste tenía intención de tomar la palabra en nombre de sus conciudadanos pero, informado de la voluntad expresa del P. d'Alzon de que no se pronunciara ningún discurso ante su tumba, el señor Sambucy envió

su texto al *Journal du Midi*, que lo publicó el 26 de noviembre y en donde leemos en memoria del P. d'Alzon:

El no escatimó su fortuna y aún menos su persona. Siempre dispuesto a combatir con la cruz del Divino Maestro, armado con la coraza de la fe, lleno de esperanza en Dios, abrasado por una santa caridad, se mezcló en las luchas que en nuestros tiempos confusos tuvieron que sostener los católicos por la libertad de la Iglesia y los intereses de la juventud.

Partida para España

Todo estaba listo en Nimes, en Sète, en Barcelona y en Madrid el martes 7 de diciembre para la partida de los novicios. La víspera y la antevíspera los novicios, después de haber rezado con las Hermanas por el P. d'Alzon, se habían despedido de las Oblatas y de las Religiosas de Nimes. Las efemérides nos describen el clima de emoción y de oración en que tuvo lugar la separación, la mañana de ese día, en el colegio y hasta en la estación:

Nos levantamos a las 5 horas. Prima y la meditación. A continuación hacemos los últimos preparativos. Se despachan todas las cajas que deben partir por ferrocarril, en pequeña velocidad, y que contienen libros, ropa y otras cosas de necesidad. Se entregan valijas a varios novicios en las cuales además de la ropa necesaria para el viaje, van los vasos sagrados, los ornamentos y los preciosos objetos que habían pertenecido al Muy Rdo. P. d'Alzon. Se harán llevar a la estación los baúles y las mantas de viaje.

A las 7 horas todos los religiosos y alumnos se reúnen en la capilla del colegio para la misa de comunidad, que celebra por última vez el P. Emmanuel y durante la cual se canta el Miserere y el Parce Dómine. Los religiosos y muchos de los alumnos comulgan con profunda emoción.

Desde las 7,45 hasta las 9 horas hay tiempo libre para dejar todo arreglado, y a las 9 los religiosos expulsados desayunan y almuerzan. A las 10 todos los religiosos, los alumnos y los maestros del colegio se reúnen en la capilla donde debe tener lugar la despedida.

El P. Emmanuel toma por última vez la palabra en esta capilla ante sus alumnos y se despide sollozando en medio de las lágrimas de los religiosos, de los alumnos y de los asistentes. Muestra los desgarros y el dolor que causa tal separación, protesta y excomulga a los perseguidores, no tanto por que atacan así a ciudadanos, sino sobre todo porque es a Dios a quien se persigue y termina dando su bendición. Enseguida el Rdo. P. Laurent da la bendición con el Santísimo Sacramento. El Muy Rdo. P. Picard, arrodillado al pie del altar, preside las oraciones por los viajeros y, sentado en el sillón, dice algunas palabras de despedida a los que parten. Los cuatro religiosos que se quedan, a saber los Rdos. Padres Laurent, Edmond, Etienne y Justin y el Rdo. P. Brun, llegado del Vigán y el Rdo. P. Alexis, que no regresará a Alais hasta más tarde, se alinean entonces en el coro, del lado del Evangelio, seguidos de los representantes de los profesores y de los alumnos. Los 18 religiosos expulsados, a saber el Rdo. P. Emmanuel, los Padres Théodore, Michel, Mathieu y Maxime, los Hermanos Théophile, Jacques, André, Joachim, Victor, Henri, Alphonse, Irénée, Célestin, Philippe, Bonaventure y Polycarpe, se alinean del lado de la epístola, y después de haber besado los escalones del altar y abrazado al Muy Rdo. P. Picard, como también a los otros religiosos y profesores, salen de la capilla en medio de una muy profunda emoción.

En el vestíbulo reciben la bendición del Muy Rdo. P. Picard y se dirigen en silencio y en oración, de dos en dos, a la estación. Solamente algunas personas, que conocían la hora de la partida, nos acompañan a la estación. Tras un buen rato de espera, hacia las 11:20, nos despedimos por última vez de las personas presentes; recibimos otra vez la bendición del Muy Rdo. P. Picard y tomamos el ferrocarril hacia Cette.

“Mientras todavía se ve la ciudad, nuestros exiliados no pueden despegar la mirada de ella; luego se recogen y rezan por su ingrata patria”, escribe el P. Ernest Baudouy en 1940:

también él había llegado de Alès a Cette, el 11 de diciembre de 1880, “*muy feliz de partir al exilio para comenzar su noviciado*”, según se lee en las efemérides.

HOMENAJE A LA MEMORIA Y A LA OBRA DEL P. D’ALZON

El 30 de noviembre, el P. Picard escribe desde Nimes al P. Vicente de Paúl Bailly, que había vuelto a París y reasumido sus responsabilidades en el *Pèlerin* y *La Croix*.

Todos los días hay misas y condolencias. Esto sería un concierto admirable si no fuera tan doloroso. Le envío, añade, montones de cartas; no todas deben ser publicadas, pero sí conservadas.

Estas líneas resumen el doble homenaje rendido al P. d’Alzon: por una parte las oraciones del novenario, de las que ya hemos hablado, y por otra los testimonios escritos honrando su memoria. Al “*montón de cartas*” hay que agregar los artículos de prensa.

Algunos textos o extractos de textos de este dossier, conservados en los archivos de la Congregación, han sido publicados en *Pages d’Archives* por el P. Colette, postulador, en mayo de 1958 (págs. 224-270), pero sin el contexto inmediato de los acontecimientos que se desarrollaban en Nimes, en Francia y en la Iglesia. Hablaremos sucesivamente de los artículos de prensa, de las cartas de la Asunción y de los amigos de la Asunción, de las cartas de religiosos y de personalidades eclesiásticas.

Artículos de prensa

La opinión pública estaría informada de los acontecimientos de la muerte del P. d’Alzon por la prensa de la Asunción, desde luego, pero también por la prensa parisina y sobre todo por la prensa local.

Prensa de la Asunción

A través del *Pèlerin* los religiosos de la Asunción informaban cada semana a la opinión pública sobre los sucesos que acontecían en Francia y que atacaban a la libertad de la Iglesia, denunciando tanto los “*pillajes*”, como los hechos de violencia cometidos contra las comunidades religiosas.

En el número del 6 de noviembre, *Le Pèlerin* recomendaba a sus lectores y a los amigos de la Asunción y de Nuestra Señora de la Salvación, rezar por el P. d’Alzon, Superior General de los Agustinos de la Asunción, “*gravemente enfermo y cuyo estado inspira profundas inquietudes*”.

El número del 15 de noviembre relata con ilustraciones alusivas, el “*crimen*” perpetrado contra la casa de los religiosos de la Asunción de la calle François Premier. La base de este texto es una carta del P. Picard al P. Galabert, retomada aquí en estilo periodístico.

En el número del 20 de noviembre, leemos:

Se nos pide de todas partes noticias del Muy Rdo. P. d’Alzon, cuya grave enfermedad hemos anunciado. Los periódicos han relatado cómo espera, en medio de los sufrimientos de una larga agonía, a los agentes del Gobierno que deben dispersar a su familia religiosa, pidiendo salir con ella cuando cruce el umbral y ser llevado al hospital. Los numerosos amigos del Padre que leen Le Pèlerin desearían más detalles.

Y se inserta el texto adaptado de la carta circular del P. Emmanuel Bailly relatando la despedida del P. d'Alzon a sus religiosos. Estos dos relatos emocionarán a los lectores del *Pèlerin* y a los amigos de la Asunción, muchos de los cuales manifiestan su simpatía y sus inquietudes.

Después de la muerte del P. d'Alzon, en el número del 27 de noviembre, *Le Pèlerin*, enmarcado en negro, consagrará sus primeras páginas al “*fundador y superior general de los Agustinos de la Asunción, uno de los grandes artífices de la obra de Dios*”, e “*inspirador de este pequeño periódico donde ha escrito a menudo*”. La alusión se refiere a sus “sermones” y artículos sin firma publicados por *Le Pèlerin* desde 1877 hasta 1880. Bajo el título “*El Padre d'Alzon*”, un texto anónimo, pero que hay que atribuir al P. Vicente de Paúl Bailly, evoca la primera parte de su vida hasta la fundación de la Asunción. Se le añade la publicación de algunas cartas y despachos de cardenales y obispos recibidos en Nimes y la transcripción del artículo necrológico aparecido en *l'Univers* del 23 de noviembre. Algunas líneas están dedicadas a sus funerales, donde se dice que el P. Clastron, Vicario General, celebró una misa cantada en Santa Perpetua, lo cual no es exacto.

En el número del 4 de diciembre, se sigue evocando la vida del P. d'Alzon. Se habla de la fundación de la Casa de la Asunción en Nimes y del papel del P. d'Alzon en la naciente Congregación de la Madre María Eugenia de Jesús. Sigue con la reproducción de algunas cartas de personalidades eclesiásticas; pero con anterioridad, *Le Pèlerin* anunciaba que el próximo número de *La Croix* estaría enteramente dedicado a la persona y a la obra del Padre:

Este número está en prensa; hubiésemos querido ofrecerlo 89.000 veces a nuestros lectores que desean sin duda conocer aún más a aquél que fue el alma de nuestros trabajos

Esta cifra da la tirada del *Pèlerin*, el cual no continuará con las “*notas sobre el P. d'Alzon*” a pesar de la mención “*continuará*”. Se contentó, para la primera parte de esta vida, con mostrar “*su lado más íntimo y menos conocido*”.

De hecho, el número de diciembre de *La Croix* está enteramente consagrado a la persona y a la obra del P. d'Alzon. Luego de las primeras páginas enmarcadas de luto, que repiten en caracteres lapidarios y en latín el comunicado de la muerte del P. d'Alzon, tenemos un grabado a plena página del busto del Padre, realizado por el señor Chapon, a imitación de un cuadro de M. Vollier, fechado en 1878-1879, acompañado de estas palabras de Gregorio VII: “*He amado la justicia y odiado la iniquidad*”.

Este grabado está tomado del *Pèlerin*. He aquí lo que escribía el P. Doumet al P. Picard el 28 de noviembre:

Me han pedido en Auteuil y en Grenelle cierta cantidad de ejemplares del Pèlerin, pues todos están muy contentos con el retrato del P. d'Alzon y por un momento pensé que había que aumentar la tirada en algunos miles de ejemplares más.

Digamos que este grabado fue reproducido por separado y enriquecido con una reliquia de tela con el sello de cera del P. d'Alzon y el facsímil de su firma.

La Croix reproduce además el rostro del Padre ya difunto, que el señor Rastoux, profesor de dibujo del colegio, había bosquejado a lápiz. El elogio fúnebre del P. d'Alzon por monseñor Besson, publicado en Nimes el 25 de noviembre, se reproduce completo, con ilustraciones a pie de página, procedentes también del *Pèlerin* y extraídas de escenas bíblicas con textos referentes a las mismas, para ser leídas en paralelo con lo que fuera la vida del P. d'Alzon, presentada por monseñor Besson.

Después de describir las exequias y reproducir las cartas recibidas, continúa con la presentación de las Congregaciones femeninas de la Asunción. Ya antes de su partida de Nimes, el P. Vicente de Paúl Bailly había pedido a la Madre María Eugenia que le ayudara a presentar el papel que había desempeñado el P. d'Alzon respecto de ella y de su Congregación. Aquí el texto se aproxima más al pensamiento de la Madre que en *Le Pèlerin* del 4 de diciembre sobre las devociones comunes en las dos Asunciones. Después de evocar el período de los orígenes, señala que fue en Auteuil donde había tenido lugar la fundación de Nuestra Señora de la Salvación, por lo que se incluye un grabado a doble página de la casa

madre de la Asunción, colindante con el antiguo castillo de la Thuilerie. No se sabe quién redactó la página dedicada a las Hermanitas de la Asunción y lamentamos que no haya más que unas líneas sobre las Oblatas de la Asunción.

El pensamiento espiritual y apostólico del P. d'Alzon se expone a través de textos: publicación de sus últimas directivas a sus religiosos y de la carta sobre el crucifijo dirigida, no a las Religiosas de la Asunción, como se dice, sino a las Adoratrices del Santísimo Sacramento; y reproducción de sus artículos iniciales en las tres series de la *Revue de l'enseignement chrétien* y de la revista *l'Asomption*.

Las páginas siguientes tratan de las obras de Nuestra Señora de la Salvación, de Nuestra Señora de las Vocaciones (con un grabado a doble página del “alumnado” des Châteaux según un dibujo de los Trapenses de Tamié) y de la misión de Bulgaria. El número finaliza con el relato de la expulsión de los religiosos de París y un artículo con un retrato, dedicado a Germer-Durand, amigo y colaborador del P. d'Alzon desde los orígenes del colegio y fallecido poco antes que él, el 16 de octubre, noticia que no se había podido imprimir anteriormente, pero anunciada en parte por *Le Pèlerin* el 30 de octubre.

Esta publicación de 80 páginas satisface el deseo de los religiosos de glorificar lo más pronto posible a su fundador, pero hay que reconocer que el conjunto de la documentación reunida lleva la huella de la premura e incluso de la pobreza de medios. Por ejemplo, en reverso de la portada, se reproduce una imagen a plena página del *Pèlerin* del 15 de noviembre titulada anteriormente “*El Purgatorio*” y ahora “*La entrada en el Cielo*”. Pero ¿se puede ser severo cuando se sabe en qué condiciones trabajaban los Padres de París expulsados de su casa?

Prensa parisina

L'Univers publica, el 23 de noviembre, un artículo necrológico sin firma de autor (reproducido en *Le Pèlerin* del 27) y el 30 retoma de la *Gazette de Nîmes* el relato de las exequias (reproducido con retoques en *La Croix* de diciembre).

Desde el anuncio de la muerte del P. d'Alzon, en un telegrama firmado por Roussel, Louis Veuillot, quien moriría en 1883, expresa en su nombre y en el de la redacción su profundo dolor y pesar por no poder asistir a los funerales. Al final del artículo necrológico se evocan las relaciones del P. d'Alzon con *l'Univers*. Desde el principio nos muestran al Padre como “*hombre de fe, un atleta cuyo vigoroso y gran espíritu no ha cesado ni un solo día de combatir y de actuar por la causa de la Iglesia y los derechos de Dios*”.

Sería demasiado largo repetir hoy, escribe l'Univers, todas las obras emprendidas por su fuerte puño; no lo podríamos hacer además sin contar al mismo tiempo la historia del gran movimiento católico que nos ha dado la libertad de enseñanza y que, por el fracaso doctrinal del liberalismo, nos ha valido la definición dogmática de la infalibilidad. En este largo combate contra el ateísmo universitario y la ilusión liberal, el P. d'Alzon se destacó en primera fila. Y no sólo se entregaba él personalmente, con un ardor y energía sin igual, sino que inducía a seguirlo a todos aquellos sobre quienes ejercía influencia puesta por entero al servicio de la verdad.

El artículo continúa recordando rápidamente la actividad del sacerdote, el número de vocaciones que suscitó, las empresas que sostuvo o fecundó, entre ellas la Congregación de la Asunción:

Adornado con esta generación se presenta ante Dios quien sólo quiso vivir para El. Finalmente, no tuvo otros enemigos fuera de los enemigos de la Iglesia, pero si los perseguía no era a ellos sino al mal del cual ellos eran instrumento.

En *Le Figaro* del 23 de noviembre, Ernest Daudet, oriundo de Nîmes, será el primero de los ex-alumnos de la Asunción en dedicar un artículo necrológico al P. d'Alzon (reproducido en *l'Union de Vaucluse*, el 26), con el título de “*Un sacerdote del siglo XIX*”.

Desde el comienzo Ernest Daudet recuerda su recibimiento en el colegio de la Asunción, en 1844, por el P. d'Alzon, *“joven aún, alto, de una belleza viril y fina a la vez, la frente enmarcada por largos cabellos negros ensortijados, los ojos profundos, llenos de chispa”*. Se le perdonará a este hermano del autor de *Tartarin* el sabor meridional de su panegírico y su deseo de complacer a los lectores mundanos de *Le Figaro* en la evocación de la vida de este sacerdote, de este apóstol del siglo XIX:

A los ojos de Ernest Daudet, el P. d'Alzon era de un tipo humano “vigoroso, soberbio, hermoso, de una belleza increíble, que hubiese hecho de él en el mundo el ídolo de todas las mujeres. Pero él era tan casto como hermoso.” [...] “Ni las insinuaciones de las matronas, ni las sonrisas de las jovencitas, pudieron hacer mella en su robusta vocación”.

Una vez sacerdote, “su existencia no es más que una lucha por la fe”. Es tan desinteresado que “rechaza ser obispo diez veces [!] entre 1850 y 1872”. “Siendo monárquico se habría situado en la extrema derecha [!]”; “diez veces arruinado y diez veces enriquecido [!] por herencias sucesivas, terminó muriendo en la pobreza”. Todos sus alumnos le han querido apasionadamente y Nimes le había adoptado como hijo suyo. Iba por la calle “erguido su alto talle, con la cabeza orgullosamente alzada, haciendo respetar su hábito religioso como un soldado su uniforme”.

Prensa local

En la *Gazette de Nimes*, un viganés, el barón de Larcy, senador, quiere rendir al P. d'Alzon *“el piadoso homenaje de una antigua amistad”*:

La historia de este hombre de bien, escribe, será la de medio siglo de virtud y de abnegación. Desde que fuera sacerdote, por naturaleza, experimentó la necesidad de actuar, de dedicarse, de prodigarse en cuerpo, alma y bienes. [...] Hábil pionero de la libertad de enseñanza, él la ponía en práctica, mientras que los más adictos no hacían más que disertar elocuentemente sobre ella. Convertido en religioso, apartaba con un gesto el báculo episcopal que inevitablemente le hubiera caído en sus manos. Como apóstol fue hasta Bulgaria y Crimea [!] para sembrar útiles y cristianas iniciativas.

Pero cuando el autor hace alusión *“a los rumores siniestros de la persecución dirigida contra las órdenes religiosas”* aflora la amargura del hombre político tanto como la admiración por el P. d'Alzon a quien había conocido desde la infancia:

Los vándalos de nuestro tiempo tuvieron la idea de destruir sus obras. El pudo temer que moriría sobre sus ruinas, pero tenía fe en que resucitarían [...].

Para mí, si se me permite desahogar aquí los más íntimos sentimientos de mi corazón, deploro amargamente su desaparición, la considero como una desgracia pública, la deploro como francés, como cristiano, y la deploro como amigo.

Yo soy sin duda en este momento, su más antiguo conocido en el mundo. Nacido en la misma ciudad, habiéndole precedido por algunos años en la vida, lo había visto siendo muy niño arrodillado a los pies del cardenal Gabrielli, cuando ese príncipe de la Iglesia exiliado recibía en el Vigán una noble hospitalidad en casa de su padre.

En Nimes, Alès, Montpellier, Tarascón y Marsella son más que en París los periódicos que hablan del P. d'Alzon. Pero hay que saber de antemano que las pasiones políticas eran tan grandes en Nimes como en todas partes y estaban exacerbadas por las medidas que castigaban a los religiosos. Por todas partes la agresividad no conocía límites.

He aquí el trato que se daba al prefecto del Gard, Dumaret, todavía un año después de los acontecimientos, en una carta fechada en París el 7 de diciembre de 1881 que un político dirigía a Roger des Fourniels, redactor del *Journal du Midi* y futuro religioso de la Asunción:

No estaré contento hasta conseguir que la opinión pública lo vomite. [...] Quiero limpiar al Gard de ese canalla y lo lograré. Todavía tengo munición para mi pluma y una lengua para hablar en el Consejo general. Si vuelvo a tener la suerte de que me hable o me escriba, lo aplastaré, pero él desconfía y sólo actúa por lo bajo. Y por mucho que logre sorprenderlo con las manos en la masa, no siempre puedo golpearle en los dedos. [...] Dumaret ha dicho al señor Boyer que entre él y yo existía una guerra a muerte; ha dicho la verdad. Pero desgraciadamente él es demasiado cobarde para ponerse al alcance de mi espada.

En semejante ambiente, es evidente que la prensa de la derecha conservadora no tenía interés en deplorar demasiado las desgracias del momento y apropiarse la figura del P. d'Alzon, so pena de desencadenar la hostilidad de la prensa republicana y anticlerical.

De hecho, el P. d'Alzon es presentado ante todo como *uno de los más valientes defensores de la Iglesia y de la Santa Sede, que se ha dormido dulcemente en el Señor.* (*Journal du Midi y Gazette de Nimes*, 22 de noviembre).

Su muerte se ha asemejado a su vida: franqueza, nobleza y coraje, aliados a una fervorosa piedad, a una sencillez naturalmente penetrada de grandeza, a una humildad sin máscara, que nunca fue sorprendida en falta. [...] Nada para él, todo para Dios: tal fue su constante divisa. (*Citoyen de Marseille*, 22 de noviembre).

Siempre en la brecha, el P. d'Alzon participó de la manera más activa en todas las luchas que en nuestros agitados tiempos tuvieron que sostener los católicos por la libertad de la Iglesia, la propagación de las obras buenas, los intereses de la juventud [...] y los derechos de la Santa Sede". (*Journal du Midi*, 22 de noviembre).

Louis Guizard, ex-alumno de la Asunción, no sobrepasa la medida cuando escribe el 23 de noviembre en la *Union Nationale* de Montpellier, a propósito de las circunstancias de la muerte del P. d'Alzon:

Se dice que el cerrajero de la República había recibido una contraorden; el hacha oficial se detuvo vacilante. Sabía muy bien que el mismo golpe que sacudiría la puerta de la Asunción, cavaría su tumba. Pero lejos de nosotros el más mínimo pensamiento de rencor o de cólera; sólo sentimos compasión; pues alabamos a un hombre que tenía en grado supremo el don de amar, porque no sabía odiar. Mañana cada cual retomará su puesto en la lucha diaria. Hoy hay tregua. Sepultamos a uno de nuestros muertos, y ¡qué muerto!

A veces la pluma revela con qué tinta está escrito el texto. Por ejemplo, ¿por qué decir como E. Daudet: *Siendo monárquico, se habría situado en la extrema derecha?* O como el *Citoyen de Marseille* del 26 de noviembre: *Este hombre fue un pobre al que persiguen con un odio sin descanso nuestros chatos tiranos del momento; que ha fundado "seminarios monárquicos" (¿errata por monástico?); y que el cortejo fúnebre fue desde la Asunción al cementerio, por el camino más corto y más fangoso (¿ofensa al prefecto, quien así lo había decidido?)*.

El verdadero motivo de la hostilidad de la prensa republicana hay que buscarlo en el debate abierto desde 1870 acerca de las razones de la derrota, que radican para unos y otros en el problema de la escuela. Para los republicanos, había que tener como objetivo una escuela nacional, única y para eso gratuita, laica y obligatoria. No se puede por lo tanto tolerar que se honre al P. d'Alzon por haber luchado por la libertad de enseñanza para favorecer la enseñanza cristiana, como se ha escrito en "*las páginas clericales*".

Le Midi, diario republicano del Gard, que se publica en Nimes, agradece en un artículo necrológico no firmado, del 24 de noviembre, a "*las hojas clericales de nuestra ciudad por no haber anunciado sino con dolor relativamente moderado la muerte del abate d'Alzon*". No hay ninguna "*exageración ruidosa*", "*voluntaria o forzada*". Pero después de este inicio de complacencia, *Le Midi* asesta violentas estocadas al hablar de la actividad del P. d'Alzon:

La gente honrada, los católicos celosos del futuro de la religión y penetrados del espíritu del Evangelio, no menos que los protestantes, tendrían muchas reservas que expresar sobre esta vida que se califica de “tan plena”.

Nadie discute que el abate d’Alzon haya sido una gran figura, que no se haya entregado por entero, con una heroica abnegación, a la causa que él creía servir, pero podemos decir que estaba equivocado; que tal vez sin darse cuenta, no ha hecho sino daño.

En un país donde la conciliación era la primera necesidad, el señor d’Alzon nunca predicó sino la discordia. En una época en que queremos acercar a los hijos de Francia, sea cual sea el culto en el cual han nacido, él se esforzó por separarlos. Toda la influencia a la que habría podido legítimamente aspirar por algunas cualidades caballerescas, él no la ha empleado más que para resucitar y comunicar a quienes le escuchaban las pasiones intolerantes de otra época. [...]

El interés y el patriotismo invitan a abandonar una obra que no puede ser sino efímera y una influencia ya impugnada por una reciente elección. [...]

El 25 de noviembre, como hemos dicho, *Le Midi*, insulta el dolor silencioso que marcó los funerales del P. d’Alzon. El 26, *La Gazette de Nimes* tiene el buen criterio de no suscitar el problema de la escuela:

Le Midi –una vez, no crea costumbre– felicita a las “hojas clericales” por su moderación, pero en desquite da él mismo una prueba de su arrebató y de su fanatismo. Su artículo sobre el R. P. d’Alzon está escrito bajo la inspiración del odio más violento; el autor descarga abundantemente la hiel y la ponzoña del sectario. No se responde a tales insultos, sobre todo cuando no están firmados; para utilizar las mismas expresiones del Midi, es uno de esos artículos declamatorios y de “violencia ruidosa, cuya responsabilidad se aligera cargándosela a un pseudónimo”.

Tales eran los excesos de la prensa para, a propósito de cualquier acontecimiento, inducir a la opinión pública a tomar partido a favor o en contra del laicismo que se va a aprobar como ley, comenzando con el programa escolar de Jules Ferry.

Cartas de la Asunción y de los amigos de la Asunción

Hemos agrupado en dos bloques el copioso correo que siguió a la muerte del P. d’Alzon. Presentamos primero el bloque de cartas procedentes de la Asunción y de los amigos de la Asunción, y luego las escritas por personalidades eclesiásticas y religiosas. Pero previamente, y para resaltarla, hay que decir dos palabras sobre la carta pastoral que monseñor Besson dirige al clero de su diócesis el 25 de diciembre como elogio al P. d’Alzon.

Carta pastoral de monseñor Besson

Ya hemos tenido ocasión de citar esta carta del Obispo de Nimes cuando hablamos de los sucesos que marcaron los últimos días de la muerte del P. d’Alzon. Escrita de un tirón al día siguiente de los funerales e impresa en un folleto de 36 páginas, fue durante mucho tiempo la única biografía del Padre, y fue reimpressa por el P. Quenard en el cincuentenario de su muerte, en 1930. De gran estilo literario, con fórmulas prestigiosas, describe su vida y sus obras, para suscitar, en torno a su tumba, la oración, el agradecimiento y la imitación de aquellos que se habían beneficiado de su celo apostólico.

El Obispo de Nimes quiso tener información de primera mano sobre detalles biográficos que ignoraba:

Hemos escuchado, escribe, con profunda edificación, de los labios mismos de la Superiora General [Madre María Eugenia], el relato de las relaciones que el P. d’Alzon había tenido con la Comunidad naciente [de la Asunción], cómo él había discutido y redactado las

constituciones, iluminado los primeros pasos, favorecido y aconsejado su desarrollo: “Él es realmente, decía ella, nuestro fundador y nuestro Padre. No hemos cesado de darle este nombre y su muerte nos deja huérfanas”.

Esta expresión de la Madre María Eugenia hay que tomarla en el sentido de agradecimiento por los servicios recibidos. Por otra parte, monseñor Besson escribe un poco precipitadamente cuando dice:

Los pobres que sufren a domicilio no serán olvidados y el P. d’Alzon agregará al gran árbol [de la Asunción] una rama que llamará las Hermanitas de la Asunción.

Finalmente, el Obispo dramatiza sin duda al hablar de la obediencia del P. d’Alzon a las directivas de Roma en agosto de 1880:

Tomó la pluma, se arrodilló y firmó la fórmula.

Lo que nos complace resaltar es el retrato del P. d’Alzon, visto por un Obispo que lo conoció perfectamente. Monseñor Besson comienza por recordar la impresión que le causó el Padre el día de su consagración en Besançon, el 14 de noviembre de 1875:

A juzgar por su fuerte contextura, su vejez que comenzaba apenas, sus ojos llenos de fuego, su porte de tanta dignidad y grandeza, esperábamos gozar mucho tiempo de su trato y de su experiencia. Escuchándolo nos felicitábamos de tener un colaborador de mente tan elevada y de tan gran corazón. Nuestra impresión fue la misma que tuvo todo el Franco Condado; le bastaba con aparecer en alguna parte para que se reconociera y saludara en él a uno de los hombres más notables de la sociedad contemporánea.

Recordando que también lo había nombrado Vicario General, al igual que sus tres antecesores, monseñor Besson escribe:

Permítanle decir al último y al menor de todos que él ha encontrado en el abate d’Alzon a un hombre de buen consejo, de juicio sólido y de notable comprensión de los asuntos.

Más adelante, el Obispo dice algunas palabras sobre el reverso de sus cualidades:

Se le reprochó que era entusiasta, pero ¿se puede servir a una gran causa sin entusiasmo?, que hacía mucho ruido, pero ¿se pueden librar batallas sin hacer sonar el clarín? Todo el mundo estará de acuerdo al menos en que él fue siempre leal y recto, sincero y desinteresado, generoso y sobre todo obediente. Más francés que nadie por su carácter, era más romano que nadie por su espíritu y su corazón.

Con esta última frase, monseñor Besson parece decir que el Padre habría sido galicano de no mediar ese sentido de obediencia hacia la Iglesia y hacia Roma, que le valió “la santa amistad” del Papa. Y el Obispo recuerda estas palabras escuchadas de labios de Pío IX: “Ahí está d’Alzon, es nuestro amigo”, con ocasión de una audiencia pública concedida a unos peregrinos del Franco Condado el 4 de febrero de 1877.

Tal como lo vimos nosotros durante cinco años, así lo encontramos en sus últimos momentos. Lo hemos visitado todos los días en esta agonía a la vez tan dolorosa para el cuerpo y tan serena para el espíritu. Todos los días hemos admirado su resignación, su paciencia y su grandeza de alma, la mente siempre despierta, pero el cuerpo preso en esa somnolencia que presagiaba un fin próximo, de la que salía para dirigir a su Obispo, a sus íntimos, una mirada, una palabra, una sonrisa, fortaleciéndose a sí mismo contra el dolor y diciendo cien veces al día: “Dios mío, yo te lo ofrezco”.

Después de haber mencionado parte del homenaje de monseñor Besson, podemos reagrupar lo esencial de la correspondencia de los religiosos y religiosas de la familia de la Asunción, de las comunidades femeninas que el Padre había ayudado más particularmente, de los ex-alumnos del colegio, de los sacerdotes y de los laicos que tenían algún motivo para manifestar su gratitud o su admiración

La *Semaine religieuse* de la ciudad y de la diócesis de Nîmes, que publicaría en números sucesivos la carta de elogio de monseñor Besson, consagró previamente un artículo necrológico no firmado, sobre la vida y la muerte del P. d'Alzon, en el nº 41 del domingo 28 de noviembre.

Religiosos de la Asunción

La primera carta de los religiosos de la Asunción que hay que citar es la circular del P. Picard, Vicario General, fechada el 21 de noviembre, que comunica a la Congregación la muerte de su fundador. El P. Picard se inspira, como lo hará monseñor Besson en su carta de elogio, en el dolor del profeta Eliseo ante el rapto de su maestro el profeta Elías, y pasa progresivamente del dolor a la confianza escuchando al P. d'Alzon:

“Pater mi, pater mi, currus Israel et auriga ejus”, estaríamos tentados de exclamar con el profeta Eliseo. Pero los lamentos del profeta no pudieron devolverle a su maestro. Tampoco nuestras lágrimas podrán devolvernos a nuestro Padre. Escuchemos su voz: “Sumisión a la voluntad de Dios, él es el dueño”. [...]

Vamos pues, nos dice desde lo alto del cielo, ¿por qué estos enternecimientos? ¿Serán ustedes hijos débiles? “Confortare et esto robustus”. Sean hombres. Yo los he fundado para que sean los soldados de Cristo. ¿Acaso el soldado se detiene en medio de la lucha para llorar a su jefe que cae?

Llora sin duda, pero no se detiene. [...] Estamos en pleno combate. Los decretos que han dado muerte a nuestro Padre amenazan de muerte a todas nuestras casas. [...]

Nuestro Padre no era hombre de lágrimas; amaba a los amigos con ternura; era un apasionado de Jesucristo, nuestro Maestro y nuestro Rey, de Maria, su Madre y de la Iglesia, su Esposa. Su corazón se estremecía ante el más mínimo insulto hecho a la verdad o a la Santa Sede. [...]

Imitemos su ejemplo. Lloremos por nosotros, regocijémonos por él y no olvidemos que su corazón permanece con nosotros; nos lo ha prometido. Nos sostendrá. Su espíritu será nuestro espíritu, sus obras serán nuestras obras, su amor a la Iglesia será el nuestro, su desinterés será nuestra riqueza.

Desde Nuestra Señora des Châteaux, el P. Bador escribía el 22 de noviembre al P. Emmanuel Bailly:

La dolorosa noticia de la muerte de nuestro muy amado Padre, aunque prevista, ha causado gran pesar en la pequeña comunidad de Nuestra Señora des Châteaux. Comprendemos lo que perdemos, pues sabemos lo que había hecho el Padre por la cuna de los alumnos. ¡Qué amor de predilección tenía por nosotros! [...] No podemos sino rezar. Desde el medio día, hora en que recibimos su telegrama, nos hemos turnado cada hora ante el Santísimo. [...] Estamos ávidos de noticias acerca de los últimos instantes de aquél a quien lloramos. Por favor, tenga la bondad de pedir a algún religioso que nos dé satisfacción. [...] El día de los funerales se celebrará una misa de difuntos más solemne en nuestra pobre capilla a la que asistirán muchos sacerdotes del valle.

Desde Andrinópolis el P. Descamps escribe al P. Picard el 24 de noviembre:

Nos hemos unido esta mañana a las plegarias que nuestros Padres hacían acompañando los despojos mortales de nuestro bienamado Padre a su última morada. Hemos tenido el

consuelo de contar con una parte de la colonia que vino a testimoniarnos su adhesión en esta circunstancia. Si no hemos tenido el consuelo de escuchar las últimas palabras de aquél que tanto nos ha amado y que ha prodigado todas sus fuerzas para destilar en nuestras almas la santidad, la nobleza y la abnegación de la suya, tenemos uno que debe bastarnos: él ha muerto como un santo; ello nos alentará a retomar en nosotros las virtudes de nuestro Padre, a trabajar toda nuestra vida por la extensión del Reino de Nuestro Señor, como lo hiciera él mismo, a adherirnos con toda la energía de nuestra voluntad a nuestra querida y santa familia de la Asunción. El P. Galabert hubiera querido escribirle algunas palabras, pero está demasiado conmovido por la ceremonia de esta mañana, y me ha encargado que lo haga en su lugar.

En efecto, el P. Galabert, uno de los religiosos más antiguos, que debía su vocación al P. d'Alzon y que no pudo ir a Nimes, no escribió hasta el 27 de noviembre al P. Picard:

No le hablaré del dolor de todos nosotros al recibir el primer comunicado de la Superiora de las Oblatas, anunciándonos que nuestro muy amado Padre d'Alzon se ha ido al cielo a recibir la recompensa por su vida de sacrificio y abnegación. Todos hemos rezado por él. Desde las primeras noticias comunicando las graves inquietudes que inspiraba su estado, teníamos oración continua durante el día en nuestra capilla y en la de las Oblatas. Y no se ha interrumpido desde la noticia de su entrada al cielo y hasta la hora en que su cuerpo fue depositado en tierra, de donde, estoy íntimamente persuadido, será pronto elevado a un altar para transformarse en objeto de oraciones públicas; pues mi convicción íntima es que uno de nuestros primeros deberes es trabajar por la canonización de aquel que después de habernos guiado en esta tierra por las vías de la perfección cristiana, dándonos el ejemplo de todas las virtudes, se ha convertido en el cielo en nuestro guía y protector.

El 30 de noviembre el Hermano Alipio Pétrement también lamenta el contratiempo que le ha impedido hacer una última visita al P. d'Alzon, cuando se dirigía con el Hermano Marie-Joseph Novier desde el noviciado de París al alumnado de Niza:

La muerte nos lo ha arrebatado, pero sólo por poco tiempo. Ha ido a tomar su lugar bajo el manto de San Agustín. San Agustín fue su maestro, él lo imitó, tuvo un corazón amante y con San Agustín pudo exclamar: "Pondus meum, amor meus".

Congregaciones femeninas de la Asunción

La Madre Emmanuel-Marie Correnson resumiría en estas pocas líneas la impresión general de todas las Hermanas que debían al Padre su vocación o su progreso en el camino espiritual:

Nuestro muy amado Padre tenía un amor tan grande por la virginidad que entró al cielo el día en que la Santísima Virgen se había consagrado a Dios mediante este voto que era tan querido a su corazón.

Desde el 19 de noviembre, la Madre María Eugenia comienza a dictar al azar sus memorias a medida que las va recordando:

No puedo evitar el comenzar por una de las características que más me ha llamado la atención en el P. d'Alzon y que ha impresionado a todas las nuestras que lo han conocido de cerca. ¡Qué amor por la pureza había en esta alma! ¡Qué impregnado de ella estuvo siempre su exterior! ¡Cómo sabía inspirarla y qué don angelical le había dado Dios para hablar de ella, ya sea en sus discursos o en sus relaciones privadas! Es el instrumento por el cual formó tantas vocaciones.

En *Notes et Documents* (II, pág.194), el P. Emmanuel Bailly confirma esta impresión citando estas palabras del P. d'Alzon pronunciadas al final de su vida:

De todo lo que yo he podido realizar, me parece que la mejor obra, aquélla que me da más confianza en el momento de comparecer ante Dios, es la cantidad de almas que me ha sido posible consagrarle, las vocaciones y las vírgenes que he podido procurar a Jesucristo. Comparado con eso, todo lo demás me parece muy poca cosa. A mi entender ésta ha sido la obra más importante y la mejor de mi vida sacerdotal.

Hay que lamentar que la Madre María Eugenia haya dejado incompleto (unas diez página dactilografiadas) su texto dictado con toda sencillez y que evoca sólo la primera parte de la vida del P. d'Alzon, desde su infancia hasta la ordenación sacerdotal, aquélla que no conocía sino de oídas. Por eso nos hace falta regresar a la treintena de cartas escritas por las Religiosas de la Asunción antes y después de la muerte del P. d'Alzon. Todas destacan una vida dedicada al servicio de Dios, por amor a Cristo, a la Virgen y a la Iglesia.

Sin que hayamos de sobrestimar las expresiones, quieren honrar “*el alma de nuestro santo fundador y Padre*”. La prueba, escriben, parece unir más a las dos Asunciones; las quejas, si es que las hubo, deben desaparecer bajo la bendición de la mano de un santo, que dará la fuerza, la fe y el amor que tanto se necesita en estos tiempos difíciles. En efecto, tanto como se quiso recibir una última bendición del Padre, tanto se desea ahora obtener un pequeño objeto, medalla, imagen u otra cosa, aunque sea muy pobre, que recuerde su memoria. Sería muy deseable que alguien se ocupe de escribir y publicar esta vida admirable.

¡Oh Padre, escribe la Hermana Ana María, ante una muerte así ¡qué ganas dan de llegar a ser santa! [...] Siento profundamente todo esto, pues yo quería mucho al P. d'Alzon y su palabra me había hecho siempre mucho bien, y su muerte predica aun más que su palabra.

Usted sabe demasiado bien, escribe la Hermana María del Santísimo Sacramento, lo que ha sido particularmente para mí el P. d'Alzon, como para dudar de mi participación en el inmenso dolor que su muerte causa a todos los miembros de las Asunciones. Siento tan intensamente esta pena, que no puedo expresarla. La Hermana habla luego de sus grandes y hermosas virtudes y de su amor a la Iglesia, a la verdad y a las almas.

No creo que sea posible, escribe igualmente la Hermana Cécile- Emmanuel, conocerlo aunque sea un poco, sin admirar un carácter tan hermoso y a un religioso tan santo. Para mí, él ha sido especialmente bueno, así que yo le quería mucho. Me hacía bien y es un duelo para nuestros corazones no poderlo ver más.

Dirigiéndose a las Hermanitas de la Asunción, después de su vuelta a París, el P. Pernet define en estos términos al fundador de la Asunción a quien las Hermanitas acogían siempre en Grenelle con alegría y admiración:

Nuestro venerado y añorado Padre d'Alzon, ese hombre tan grande y al mismo tiempo tan humilde y sencillo, se nos ha dado a conocer a su muerte. De todas partes sus hijos reciben testimonios de pesar y de admiración por esta noble figura. Atleta de la fe, el número de sus obras es incalculable. Fue sacerdote, soldado y apóstol. Siempre en la brecha, defendió la sana doctrina de la Iglesia y la enseñanza cristiana. El amor por Nuestro Señor, por la Santísima Virgen, por la Iglesia y por las almas, llenó su vida. Víctima de este último combate, se durmió en el Señor, y vela desde lo alto del cielo por todas las obras a las cuales él se consagró en esta tierra. La gente acude a su tumba y va allí en peregrinación. Su memoria es venerada por todos. (Notas tomadas de oídas, el 5 de diciembre).

La condesa de Ursel, futura fundadora de las Orantes de la Asunción, había seguido por medio del P. Picard la evolución de la salud del P. d'Alzon. Cuando los Padres fueron expulsados de la residencia de François Premier ella se encarga de encontrarles albergue en París y en Bruselas:

Usted sabe que las camas de nuestros dos Padres están listas en Bruselas y que si le hacen falta varias más, se pondrán en el apartamento tantas como quepan. Mi criado cree que podrían ser diez o doce. Mi cuñado está encantado. [...] No olvide que voy a hacer muchas

economías a la Asunción y que usted me hará feliz no olvidándome. Todos sus Padres son tanto hermanos suyos como míos.

La condesa de Ursel iba a comenzar en la comunidad de las Religiosas de la Asunción una vida retirada del mundo, que la prepararía para su futura misión y no nos sorprende que en 1881 adquiriese por devoción la casa natal del P. d'Alzon.

Otras Congregaciones femeninas

Sabemos que el P. d'Alzon había fundado en Nimes, al principio de su ministerio, un Carmelo y un Refugio que confió a las Hermanas de Marie-Thérèse y que, al final de su vida, fue el consejero religioso de la Madre María Verónica Lioger, fundadora y Superiora General de las Víctimas del Sagrado Corazón.

La priora de las Carmelitas de Nimes, Sor María de San Roque, dirige el 24 de noviembre a todas las prioras de los Carmelos de Francia una carta circular en la que escribe en homenaje al P. d'Alzon:

Si la diócesis de Nimes, una de cuyas glorias fue él, ve con emoción y dolor desaparecer a este apóstol infatigable, este digno obrero del Evangelio, nosotras experimentamos un sentimiento más íntimo todavía, con respecto a aquél que fuera nuestro fundador en esta ciudad, nuestro superior, un bienhechor y un padre. Por su dedicación a nuestro Carmelo, él adquirió justos derechos a nuestra filial gratitud. Y la Madre recuerda la tierna solicitud del P. d'Alzon, su generosa liberalidad, su celo en proponer la perfección querida para el Carmelo por Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Cuando la Madre María Verónica Lioger supo que el P. d'Alzon estaba gravemente enfermo escribió al P. Emmanuel Bailly, el 19 de noviembre:

Si todavía es posible hablarle de nosotras a este Padre venerado, haga el favor de preguntarle si recibiría la visita de sus hijas. [...] Y si no podemos llegar hasta este querido y venerado enfermo, nos atrevemos a pedirle que sea usted nuestro intérprete ante él y nos tramita su preciosa bendición.

Después de la muerte del P. d'Alzon, la Madre María Verónica insistió ante el P. Picard para que fuera él, a su vez, el superior de la familia que el Padre amaba:

Necesitamos verlo revivir en medio de nosotras, mantener su espíritu, su protección, su corazón, por así decirlo. [...] Sí, venga a nosotras para conservar y desarrollar el espíritu religioso que buscaba inculcarnos el santo que nos ha dejado. Éramos verdaderamente sus hijas, y seremos las de usted. Por respeto al P. d'Alzon, el P. Picard no podía eludir este servicio.

A falta de un testimonio directo de las Hermanas de Marie-Thérèse, he aquí lo que escribe desde Limoges el 10 de diciembre el abate Dissander de Bogenet:

Había oído hablar mucho del Rdo. Padre d'Alzon, sobre todo por el señor Ferret, canónigo de Limoges y antiguo Superior General de las Hermanas de Marie-Thérèse, que regresó de Nimes después de la fundación de la comunidad de sus religiosas, lleno del recuerdo de vuestro santo fundador.

Tuve la dicha de conocerlo durante el Concilio, en Roma, donde vivimos juntos varios meses en el Seminario Francés. Pude apreciar su noble carácter, su devoción a la Santa Sede, su gran celo y sus eminentes cualidades.

Ex-alumnos de la Asunción

Numerosa fue la delegación de ex-alumnos del colegio en los funerales del P. d'Alzon. Sus sentimientos pueden deducirse de las cartas escritas por aquéllos que no pudieron asistir. Sus testimonios, más que los precedentes, traducen la crisis política y religiosa que atraviesa el país, pero la pena y la generosidad son las mismas.

Si Numa Baragnon hizo lo imposible ante el Ministerio por salvar al colegio y si Auguste Soulèze pudo obtener el pasaje gratis a España para los novicios exiliados, muchos otros alumnos y amigos de la Asunción ofrecerán acoger en Francia a los religiosos. Jules de Sartoux, que aún no sabe que el Padre ha fallecido, escribe el 22 de noviembre:

No dude usted de la pena que me causa la desgracia que va a afectar a todos, en un momento en que el Padre podría ser tan útil, en esta persecución que hace estragos en los religiosos y en todos los católicos. He escrito al P. d'Alzon para ofrecerle asilo durante los próximos días cuando ustedes sean expulsados. Él ha aceptado y vuelvo a renovar mi propuesta. Envíeme uno o varios religiosos, serán bienvenidos. No soy rico, pero lo que pueda darles, se lo doy de todo corazón: mesa, alojamiento y una relativa seguridad. Si soy algo, a ustedes se lo debo, y no haré más que pagar una deuda de gratitud acogiéndolos.

Tal gesto, tenía su inconveniente. Aparte los gastos que podía ocasionar, existía el riesgo de que la casa que acogía fuera amenazada por la policía, por amparar a “una agregación no autorizada”.

He sabido por nuestra portera, escribe por ejemplo la madre de la condesa de Puységur, que nueve de sus Padres residían en nuestra casa. [...] A pesar de toda nuestra buena voluntad, no podemos continuar dando hospitalidad a tantos Padres juntos, más allá de finales de diciembre. Sin embargo, ofrece pagar los gastos de calefacción y de iluminación, y añade con una punta de amargura por el momento que atraviesan: El P. d'Alzon tiene ahora la recompensa por su celo y sus buenas obras; no habrá sentido abandonar este mundo, donde vemos unos acontecimientos tan tristes.

El motivo de tanta abnegación por parte de los ex-alumnos está expresado en esta carta de Frédéric de Fabrèges del 21 de noviembre:

Con el corazón profundamente conmovido y los ojos llenos de lágrimas, acabo de saber la ejemplar muerte del P. d'Alzon. [...] El señor d'Alzon ha sido un padre y un maestro incomparable, ha sido sobre todo una gran personalidad por el sacrificio de su vida; nosotros le debemos el beneficio de una educación cristiana; nos ha formado sobre todo con su ejemplo y la influencia soberana de su espíritu y de su abnegación. Su bella alma sólo ha vivido para la Iglesia y para Francia. Su corazón ha latido sobre todo por la juventud. Su vida fue un raro ejemplo de desinterés. A pesar de ser un simple sacerdote en la jerarquía eclesiástica, ha sido una de las figuras más destacadas y brillantes de la Iglesia de Francia del siglo XIX. Aunque yo me separé de él y del colegio del cual él era la honra, en algunos puntos que son opcionales, nadie admiraba más que yo su sinceridad, su lealtad, su humildad, su pasión por las almas, su desmedida e ilimitada caridad y esa necesidad devoradora de sacrificarlo todo por su prójimo, por su país y por la fe.

El abate Brun, por no citar más que a uno de los ex-alumnos llamados al sacerdocio, escribe desde el seminario de San Sulpicio de París, el 23 de noviembre:

Su muerte será un duelo para todos, pero para mí más que para cualquier otro, porque pocos deben al P. d'Alzon tanto como yo le debo. No estaría en el seminario sin él, no sería subdiácono, ni próximamente sacerdote, y tal vez ni siquiera un cristiano digno de ese nombre. [...] Alguien me decía hace un instante: el P. d'Alzon muere como ha vivido. Bien lo sabía yo. [...] Los otros tres hijos suyos que están aquí conmigo, y a quienes he anunciado

hace un momento la triste noticia que todavía ignoraban, se unen a mis oraciones como también al dolor que le expreso.

Mientras que los religiosos y religiosas destacan el gesto de la Virgen viniendo al encuentro del P. d'Alzon, los ex-alumnos se inclinan más a escribir que le ha sido posible a su padre y maestro, “*detener para su querida casa, con su propia muerte, la ejecución de infames decretos*”, “*tanto se imponían a los perseguidores su elevado carácter, su gran prestigio y su santidad*”.

Aquél que mantuvo tan alto el estandarte de la Asunción, escribe Raúl Urdy al P. Picard el 24 de noviembre, acaba de caer en el campo de batalla, pero otra mano más joven y tal vez más valiente lo ha recogido, y lo veremos aún por mucho tiempo ondear en primera fila de los soldados de la fe.

Sacerdotes y laicos

Estas palabras de un amigo de la Asunción resumen los sentimientos de los sacerdotes y laicos que conocieron al P. d'Alzon y se habían beneficiado de su ayuda o habían colaborado en sus obras:

El P. d'Alzon ha dejado a todos, sacerdotes y laicos, grandes ejemplos que imitar y nobles tradiciones que seguir. Ojalá su alma, desde lo alto del cielo, interceda por nosotros, nos sostenga en la lucha y nos trace el camino que conduce a la regeneración y al triunfo, a pesar de los obstáculos.

A. Baudon, responsable de las Conferencias de San Vicente de Paúl, escribe el 23 de noviembre al P. Vicente de Paúl Bailly:

Hace mucho tiempo que tengo el honor de conocer al fundador que ustedes lloran; él siempre se dignó ser extremadamente bueno conmigo, cuando yo era todavía muy joven. Sería una gran ingratitud por mi parte olvidar estos recuerdos y me apresuro a escribirle para asociarme a sus oraciones y a su dolor. [...] Jamás la Fe ha tenido tanta necesidad de todos sus más ardientes defensores como ahora, y el P. d'Alzon estaba en primera fila.

Monseñor de Ségur, que en el *Boletín de la Asociación de San Francisco de Sales* de enero de 1881 recordaría la fundación de esta obra por el P. d'Alzon en enero de 1855, y cómo él mismo se hizo cargo de ella el 19 de marzo de 1857, escribe el 22 de noviembre:

Acabo de celebrar la misa por nuestro venerado y tan llorado P. d'Alzon. [...] ¡Felices los que han vivido en Jesucristo y que mueren en Jesucristo! El paraíso celestial sucede al paraíso militante y crucificado de la tierra.

Tras la elección del P. Picard, Lermigne, secretario de la Asociación, le escribe el 29 de noviembre:

Quiero enviarle mi respetuoso y afectuosos saludo. ¿Qué va a ser de nosotros, si Dios nos lleva a todos nuestros jefes, todos esos grandes campeones de la Iglesia?

Varios testigos de la vida del P. d'Alzon dirán que en parte estuvo consagrada a la causa de la enseñanza cristiana y a la obtención y puesta en práctica de las leyes de 1850 y de 1875 sobre la libertad de la enseñanza secundaria y superior. Comprometido en esta misma tarea, el abate Mingasson escribe el 30 de noviembre:

Con muy respetuosa simpatía me asocio a su dolor por la pérdida de su santo e ilustre P. d'Alzon. Tuve la suerte de conocerlo y de ser alentado por él al principio de nuestra obra

de la “Alianza de las casas de educación cristiana”; el apoyo de tales hombres es un signo del favor de Dios.

Por su parte, el abate Sauv , rector de las Facultades Católicas de Angers, escribe el 27 de noviembre:

Han sufrido ustedes una gran pérdida.  Qu  hombre fue este P. d’Alzon y qué Padre fue este hombre! Lo conocí en Roma y ustedes saben que los lazos que se crean en esta ciudad, parecen participar de su inmortalidad. Lo veo desde aquí, durante el Concilio, entregándose, desvelándose, prodig ndose de mil maneras para obtener la tan deseada definición. Lo veo también estudiando con ardor juvenil la filosofía cristiana de Sanseverino, adelantándose así a los deseos de León XIII.

He aquí otros testimonios de personas admiradoras o colaboradoras de las obras de la prensa, de las peregrinaciones y de las vocaciones de la Asunción:

Hasta estos últimos días, escribe el abate Jean No l, no encontró el tiempo para leer los primeros números de La Croix. Los artículos sobre la crisis y las persecuciones me han encantado por su vigor, su clarividencia, su espíritu de fe y de viril confianza. Esos artículos eran del P. d’Alzon.

Nadie admira más que yo al valiente P lerin, escribe la señora Fricero; desgraciadamente no puedo dar nada más que mis buenos deseos y mis oraciones.

Me acuerdo, escribe la señora de Pierrefitte, de esta hermosa y santa figura, junto a aquella otra tan lamentada también de monseñor Peyramale, presidiendo hace algunos años una reunión en la iglesia que se construyó en el seno de nuestra muy amada Lourdes.

Ahora tenemos un atleta menos en la arena para combatir el buen combate, escribe el abate Marchal. Al menos “se ha ido a descansar de sus nobles y santas fatigas junto a Nuestra Señora de la Salvación”.

Es a él a quien debemos dirigirnos ahora en todas nuestras dificultades, escribe la señorita Dubois.  Cu n poderoso ha ser ante Nuestra Señora de las Vocaciones y Nuestra Señora de la Salvación! Mi tristeza es tanto mayor cuanto que no sólo lloro por un hombre de bien, un alma grande, sino que además por un bienhechor, un guía y un padre, escribe el abate Domergue, ex alumno de Ch teaux, que ingresó a las Misiones Extranjeras de París. No quiero tratar de enumerar sus acciones, pues encierran toda una virtud que no sabría expresar; que una pluma más diestra que la mía intente escribir su vida.

Ofreciendo sus parabienes al P. Picard, G. Badot escribe: *Ojalá pueda usted sobre todo ver desarrollarse sus queridos alumnados y abrirse al fin ante sus misioneros esta Rusia cuya conversión ha sido objeto de los más ardientes deseos de su tan lamentado pero hoy bienaventurado fundador.*

El vizconde de Chaulnes, que junto con otros había apoyado a los religiosos en su resistencia a las medidas de excepción que les afectaban, recuerda que el P. d’Alzon le había pedido acatar generosamente las directivas del Papa León XIII. Lo hizo pero no sin reticencias:

Las últimas cartas del Padre, escritas no mucho antes de su muerte, son un modelo de sumisión ante la autoridad pontificia, en esta lamentable cuestión en que se ha jugado con la buena fe de León XIII. He recogido el reproche que Su Santidad dirige a los laicos católicos que han censurado la declaración. Me he inclinado y aún lo hago. Pero creo que si León XIII hubiera sabido exactamente cuál era la situación de Francia no habría obligado a las órdenes religiosas a rendir fe y homenaje a un Gobierno de bribones y francmasones.

Cartas de superiores religiosos y de personalidades eclesiásticas

Numerosas personalidades de Iglesia –superiores religiosos, obispos, arzobispos, cardenales, franceses y extranjeros–, informados algunos por telegrama o por carta y la mayoría por la opinión pública, manifestaron su aprecio y sus condolencias, sin esperar recibir el comunicado en latín que a partir del 29 de noviembre, y sin duda para no obligar a nadie, enviarían los novicios de parte de la Congregación, como se les pidió, “*a los obispos, vicarios generales, canónigos titulares, curas párrocos de los cantones, superiores de seminarios y religiosos de diferentes diócesis de Francia*”.

Superiores religiosos

El P. Belluomini, Superior General de los Agustinos, expresa desde Roma al P. Picard, el 19 de noviembre, su profundo dolor por las pruebas que atraviesa la Asunción, a las que se agrega la muerte previsible de su dignísimo superior. El aplazamiento *sine die* por parte de Roma de la unión de los Agustinos con la Asunción, no ha mermado su afecto personal, pero ¿qué puede hacer cuando falta una chispa de esperanza para el futuro?

A pesar de la profunda tristeza que manifiesta aquí el Superior General, sabemos que los Agustinos de España acogerán a los religiosos exiliados de la Asunción en su convento de La Vid, cerca de Madrid, durante un mes, mientras esperan ser instalados donde los Carmelitas de Osma, cerca de Burgos.

El P. Levavasseur, Superior General de los Padres del Espíritu Santo, escribe al P. Picard el 26 de noviembre:

El pensamiento que debe consolarles es que su muy amado Padre, desde el seno de Dios, ejercerá una acción más poderosa para consumir y consolidar las dos obras tan preciosas que su gran corazón deja a la Iglesia; estará más todavía en el alma de sus hijos y siempre querrá ver en ellos, más vivo y más sólido, el espíritu que él les ha dado.

El P. Eschbach, de la misma congregación, expresa en un telegrama su dolor personal y el del Seminario francés de Roma. Sabemos que el P. d’Alzon, sobre todo después del Concilio, era recibido allí como un amigo. En 1878 predicó allí uno de los últimos retiros sacerdotales y el P. Eschbach recuerda que el P. d’Alzon tuvo algo que ver en 1850 con la fundación de ese Seminario.

A la muerte de Dom Guéranger, el 30 de enero de 1875, el P. d’Alzon había dedicado un artículo necrológico al “santo y sabio benedictino”, fundador de Solesmes y conocido suyo desde 1830 (*Revue de l’enseignement chrétien*, 2ª serie, t. 8, págs. 356-358). Dom Couturier, sucesor de Dom Guéranger, escribe desde Solesmes al P. Picard el 5 de diciembre:

En estos días adversos que han asestado un golpe tan desastroso a todo el orden religioso de Francia, la muerte de su Reverendísimo Padre nos ha causado a todos un gran dolor suplementario. Sentíamos que por su fe, él se había convertido en Francia en una fortaleza contra las falsas doctrinas; es triste pensar que el campeón desaparece cuando más terrible es la lucha”.

Pero el consuelo surge en medio de la tristeza: *El Reverendísimo Padre d’Alzon ha dejado una generación de hijos dignos de su fe y de su piedad y un sucesor que ha heredado su espíritu, su caridad y su vigor.*

El P. Jourdan de la Passardière, sacerdote del Oratorio y futuro obispo del título de Rosea, anteriormente auxiliar del arzobispo de Lyon y luego Administrador Apostólico de Túnez, quiere ser uno de los primeros en venir a llorar al P. d’Alzon junto con la Asunción, en nombre del afecto que el Padre le testimoniaba:

Hasta la hora suprema pudo decir: “Bonum certamen certavi”, y no temo decir que ha muerto como un mártir. Las terribles y punzantes angustias que le causaban a ese gran corazón los vergonzosos y siniestros acontecimientos de los que somos tan tristes y doloridos testigos, han debido apresurar los progresos de la enfermedad que lo devoraba. Sí, este valiente soldado de todas las santas y nobles causas, ha caído realmente en el campo de honor. [...] En cuanto a nosotros, hemos sido condenados el viernes pasado [19 de noviembre] y nuestra capilla está cerrada y sellada.

Los Obispos de Francia

Monseñor Paulinier, arzobispo de Besançon, que había recibido en Montpellier a Manuel d'Alzon cuando éste ingresó en el seminario, expresa en un telegrama su “*pesar por no poder asistir a los funerales de un santo y viejo amigo*”.

Igualmente, monseñor de Dreux-Brézé, obispo de Moulins, quien había asistido al P. d'Alzon durante su primera misa en Roma, expresa su dolor por no poder “*ir a rendir los últimos deberes a su viejo y santo amigo d'Alzon*”.

También mediante un telegrama, monseñor Mermillod, obispo de Hebrón, Vicario Apostólico de Ginebra, amigo del P. d'Alzon y de la Asunción, manifiesta sus condolencias con este elogio: “*Iglesia pierde valiente y fiel servidor*”.

En Burdeos, la Superiora de las Religiosas de la Asunción, que hizo partícipe de la muerte del P. d'Alzon al arzobispo, el cardenal Donnet, y a su coadjutor, monseñor de la Bouillierie, escribe:

Alguien a quien vi el sábado [20 de noviembre], me hablaba con lágrimas en los ojos del P. d'Alzon a quien amaba y estimaba según lo merecía.

Monseñor de la Bouillierie, desde que tuvo conocimiento del deceso, escribe el 22 de noviembre al P. Picard:

El P. d'Alzon ha sido para mí un amigo de infancia y de juventud. Juntos estudiamos derecho en París y no nos separamos hasta que él se dirigió a Roma y comenzó algunos años antes que yo sus estudios eclesiásticos. El P. d'Alzon ha sido un gran católico, un gran religioso y uno de esos hombres que más han honrado a la Iglesia en esta última mitad de nuestro siglo. Le ha dejado a la Congregación que fundó la tradición de una virtud sólida, de un espíritu noble, de un carácter firme e intransigente con todas las componendas del siglo y una devoción sin límites a la Sede Apostólica. Son semillas generosas y fecundas que Dios ha bendecido y que producen ya su fruto en una Congregación tan querida en la Iglesia.

Monseñor Gay, obispo de Anthédon y auxiliar del obispo de Poitiers, cuya sede estaba vacante desde la muerte de monseñor Pie, acontecida el 18 de mayo de 1880, amigo de la Madre María Eugenia y también del P. d'Alzon al menos desde 1850, escribe el 19 de noviembre a la Madre Marie du Christ:

Dígale a su excelente Madre que comparto su pena: doble pena, puesto que llorando al que va a morir, llora también una pérdida para la Iglesia y llora la pérdida personal de un amigo tan antiguo, tan útil y tan abnegado. Y monseñor Gay pide, si todavía es posible, que se manifieste al P. d'Alzon, junto con la certeza de su oración cotidiana y de su afectuoso respeto, su gratitud por el inmenso bien que él ha hecho a la Santa Iglesia, sus felicitaciones por una muerte tan noble y su mejor bendición, pues un obispo tiene el derecho y el poder de bendecir aun a los más nobles, ilustres y admirados miembros del orden sacerdotal.

A la muerte del P. d'Alzon, monseñor Gay escribe el 22 de noviembre al P. Picard:

Esta es una gran pérdida para usted, pero también es grande para muchos otros y realmente para toda la Iglesia. Este sacerdote tan eminente, tan dotado, tan generoso, tan valiente, tan prendado de la gloria de Dios, tan celoso por sus derechos, tan apasionado por su Reino, este sacerdote que usted tenía la gracia de llamar su Padre, ha sido ciertamente uno de aquellos que en nuestro tiempo más han honrado al sacerdocio y cuyo paso por este mundo ha sido el más benéfico.

Siendo testigo de su vida, aunque con algunos intervalos, prosigue monseñor Gay, nunca me sucedió que al mantener una conversación con el P. d'Alzon no experimentara hacia él mayor simpatía, respeto y admiración. Usted me dice que ha muerto como un santo; por lo tanto su muerte ha sido la digna conclusión de su vida y ¡qué gracia que Dios lo llame en el momento en que tan deplorable prueba cae sobre estas dos Madres de su corazón: la Iglesia y Francia a las que tanto amaba!

Y monseñor Gay concluye con una alusión a monseñor Pie: Su Padre ha reencontrado ahora al nuestro, a quien veneraba; eran tan unidos de corazón en la tierra que lo serán aún más en el cielo. ¡Que ellos nos protejan!, pues usted y yo necesitamos mucha ayuda; y la tendremos; es nuestra firme esperanza.

Desde Cannes, el 24 de noviembre, llega al P. Picard una carta de un obispo misionero, monseñor Vitte, religioso Marista y amigo tanto de la Madre María Eugenia como del P. d'Alzon. Informado por la Superiora de las Religiosas de Cannes escribe:

Sí, fue un valiente, ¡un fuerte entre los fuertes de Israel! Por eso, lo confieso, su alma había seducido la mía. No olvidaré jamás la viril nobleza de su rostro, ni el brillo de sus ojos, cuando hablábamos juntos de los enemigos de Dios y de los peligros de la Iglesia. Siempre dispuesto para el combate, anhelaba la batalla como otros anhelan el descanso; siempre en la brecha, se oponía enérgicamente a todo lo que fuera falso, deshonesto y desleal. Católico sin epítetos, no admitía compromisos con los errores, las debilidades y los prejuicios contemporáneos. Fue el verdadero soldado de Dios, “el caballero” de la Santa Iglesia, dispuesto a todos los sacrificios y nunca haciendo cálculos cuando se trataba del honor de su Madre.

Monseñor Vitte concluye con esta confidencia: *Esta muerte destruye uno de los más tiernos afectos que me retenían en la tierra; es un amigo más que me espera allá arriba. Si no fuera por el deber de expiar mis faltas antes de partir ¡ay, para qué seguir viviendo! Siendo un anciano antes de tiempo, no puedo ya combatir con mis compañeros de armas. Veo la batalla y ya no puedo incorporarme a ella ¡Bendito sea el santo nombre de Dios!*

Monseñor Lequette, obispo de Arras, la diócesis donde se encuentra el orfanato del P. Halluin y los dos “alumnados” de Mauville y de Clairmarais, escribe el 24 de noviembre al P. Picard:

No necesito decirle cuánto he sentido la pérdida que sufre su Congregación en la persona del Rdo. P. d'Alzon. Tuve la suerte de conocerlo muy especialmente durante mis diferentes estancias en Roma, donde me encontraba con él en el Seminario francés.

Monseñor Lequette desea que su sucesor reciba de Dios las gracias necesarias para llenar tal vacío, y renueva el interés que siente por las Comunidades de la Asunción establecidas en su diócesis y que se han salvado hasta el momento. *Las consecuencias del cierre de la casa del P. Halluin, escribe, son demasiado graves para retroceder ante ellas.*

Monseñor Balaïn, obispo de Niza, en cuya diócesis había dos comunidades de Religiosas de la Asunción, en Niza y Cannes, y un “alumnado”, escribe el 28 de noviembre:

Me he asociado de todo corazón a su pena y a sus oraciones al enterarme de la muerte del Rdo. P. d'Alzon, su ilustre y venerado fundador. Tienen razón de llorarle como se llora a un padre.

Seguro de que él se ha ganado su corona, el obispo añade, dirigiéndose al P. Picard: *Usted sucede al más valiente soldado; siendo también usted un valiente soldado, sabrá guardar y defender bien.* Y monseñor Balain expresa su simpatía y sus buenos deseos hacia el alumnado de Niza.

Monseñor Turinaz, obispo de Tarentaise, manifiesta el 9 de diciembre que ha compartido la pena por la muy dolorosa pérdida que aflige a toda la Asunción en estos días de peligros y luchas, y espera que el “alumnado” de Nuestra Señora de Châteaux se libre de la tempestad. Monseñor de Briey, obispo de Saint-Dié, en cuya diócesis algunos sacerdotes se interesaban por las obras de las peregrinaciones y de las vocaciones de la Asunción, escribe el 24 de noviembre:

En una época que se destaca tristemente por la disminución de personas de carácter, el Rdo. P. d’Alzon era un ejemplo para ser citado, y yo no he encontrado un corazón más recto, más noble y más generoso que el suyo. Les deja la herencia de sus virtudes; y sus buenas obras que le sobreviven, estarán también con ustedes para atraer abundantes bendiciones sobre su Instituto.

El 29 de noviembre, monseñor de Briey felicita a la Asunción por haber nombrado al P. Picard sucesor del P. d’Alzon.

A través del abate Payan d’Augery, monseñor Robert, obispo de Marsella, manifestaba sin tardanza el 22 de noviembre su profunda tristeza:

Amaba a vuestro Padre, y ¿quién no lo amaba? Él le había transmitido unas notas sobre San Agustín.

Por su parte, el abate Payan d’Augery, director de las Escuelas de Oriente en Marsella, que había tenido como amigo y colaborador al P. d’Alzon, al menos desde la masacre de cristianos en el Líbano en 1860, dice estar “estupefacto” para expresar su simpatía:

Quisiera publicarlo al mundo entero; acabo de garabatear algunas líneas para la Gazette de mañana. Pero tengo el corazón tan afectado que mis pensamientos se entrecruzan. Su dolor es aún más grande por estar imposibilitado de ir a Nimes para los funerales: Estoy atado a mi obispo para la visita de la periferia.

Monseñor Couillé, obispo de Orleáns y sucesor de monseñor Dupanloup, fallecido el 11 de octubre de 1878, desconociendo el domicilio de los Padres de la Asunción, pide el 24 de noviembre a la Madre María Eugenia que les transmita *cuánto ha sentido su gran duelo, sobre todo en estos días ya tan tristes.*

Monseñor Langénieux, arzobispo de Reims, había pedido al abate Tourneur que presentara sus condolencias al P. Picard. Este sacerdote había sido cura párroco de Sedán y había apreciado la presencia de los Padres con motivo de la fundación del colegio de Rethel en 1858. El 1º de diciembre, el arzobispo escribe personalmente al P. Picard, *ahora que el gentío se ha dispersado*, para expresarle sus sentimientos *que son ya muy antiguos y su oración por la tarea que se le ha encomendado en estas circunstancias tan difíciles.*

El ultramontanismo del P. d’Alzon es alabado en estos términos por monseñor Bourret, obispo de Rodez, en su carta del 2 de diciembre:

El P. d’Alzon no era un hombre común. De naturaleza apasionada y generosa, formaba parte de esos pocos hombres que, al precio de su paz, de su tranquilidad y aun de su futuro humano, trataron de acercar la Iglesia de Francia a Roma y lo lograron.

Fueron tratados de imprudentes, de arrebatados, de gente capaz de perderlo todo; y son ellos, por el contrario, los que lo han ganado todo. Su supuesta exageración llevó a los demás a la verdad. Él, Dom Guéranger, monseñor Parisis y algunos otros no han sido en verdad oportunistas, pero en definitiva han aportado una reacción saludable en las ideas, de lo cual nos beneficiamos hoy.

Eran tal vez zuavos, hijos perdidos, se decía al principio; pero en definitiva ellos han trazado el camino de la verdadera ortodoxia, han matado los últimos restos del jansenismo y del galicanismo en Francia, han restableciendo la verdadera liturgia en nuestras iglesias, el espíritu cristiano en los estudios, han preparado el Concilio Vaticano y, en suma, han participado ampliamente en ese movimiento de unidad que es nuestra fuerza en estos momentos.

Por todas estas razones, la muerte del P. d'Alzon es un duelo para toda la Iglesia de Francia, pero también es un consuelo para ella y para nosotros.

Monseñor Richard, coadjutor en París de monseñor Guibert, había teleografiado sus condolencias a los religiosos de Nimes. Diez días después de la expulsión de los Padres de la residencia de la calle François Premier él había venido, escribe el P. Vicente de Paúl Bailly, *a arrodillarse a los pies de la imagen de Nuestra Señora de la Salvación, junto a las buenas mujeres que allí encienden velas, ponen flores y rezan el rosario, delante de la entrada de la capilla, y había pedido noticias del P. d'Alzon.*

Los cardenales arzobispos de París y de Rouen, comisionados por el Papa para presentar la declaración de los religiosos exigida por Roma, no quisieron dejar de manifestar sus condolencias. El cardenal de Bonnechose, arzobispo de Rouen, ante la muerte del P. d'Alzon, envía un telegrama a monseñor Besson para que él haga llegar sus condolencias a los hijos del P. d'Alzon. El cardenal Guibert, arzobispo de París, conocido del Padre desde que fue obispo de Viviers, de 1841 a 1857, escribe personalmente al P. Picard el 27 de diciembre:

Comparto sinceramente su aflicción y la de todos los amigos del P. d'Alzon. Es una gran pérdida, sobre todo en este momento. Lo conocí hace ya cuarenta años y me relacioné frecuentemente con él durante el episcopado de monseñor Cart y siempre admiré su celo, su generosidad y su espíritu de sacrificio. Se podía esperar que lo tendríamos todavía por muchos años. No tenía mucha edad y era de constitución fuerte y robusta.

Monseñor Guibert promete sus oraciones al P. Picard, puesto que está investido de un *cargo pesado y laborioso en medio de los ataques dirigidos contra la religión en estos momentos.*

Fuera de Francia y en Roma

El cardenal Manning, arzobispo de Westminster, envía un telegrama con sus condolencias. Era un amigo del P. d'Alzon, sobre todo después del Concilio Vaticano; además conocía muy bien a las Religiosas de la Asunción desde su instalación en Inglaterra y a las Hermanitas de la Asunción que acababan de hacer su primera fundación fuera de Francia, en Londres, en julio de 1880.

Monseñor Filippi, obispo de Aquila en los Abruzos, partidario de los clásicos cristianos en la enseñanza, dice el 22 de noviembre cuánto lamenta la muerte del P. d'Alzon, que reunía en sí *todos los méritos de una gran inteligencia y de un gran corazón, y que le manifestaba un especial afecto.*

Monseñor Vannutelli, delegado apostólico en Constantinopla, escribe el 29 de noviembre:

He sentido profundamente el golpe que ha sufrido su Congregación. Estimaba mucho al Muy Rdo. P. d'Alzon y su muerte es para mí la muerte de un amigo. Pero lo que más lamento es que ahora falte un obrero infatigable a la Iglesia y a la Congregación de los Agustinos de la Asunción.

El cardenal Borromeo, arcipreste de la Basílica Vaticana y Prefecto de la Congregación de la Fábrica de San Pedro, que desde 1873 acogía cada año en Roma a los peregrinos de Nuestra Señora de la Salvación, expresó en una nota que compartía el dolor de la Asunción.

El cardenal Pitra, discípulo de Dom Guéranger y amigo del P. d'Alzon, cuya entrega a la Iglesia apreciaba mucho, escribe desde Roma el 28 de noviembre:

Me resulta verdaderamente doloroso ver no solamente que se dispersa a hermanos, sino también que desaparecen casi todos los antiguos defensores de la buena causa cuya valentía he visto tan de cerca y durante tanto tiempo. Los vacíos aparecen más rápidamente que los nuevos reclutas. Sin duda, usted continuará con energía y perseverancia la obra de su venerado Padre, pero la muerte de un fundador deja un abismo que nada puede colmar enteramente. [...] Esperemos lo mejor para la Asunción. Si Dios la prueba con un golpe tan sensible y en el momento más doloroso, es porque la ama. El buen P. d'Alzon continuará protegiéndolos y viviendo entre ustedes.

El cardenal Sacconi, ex-nuncio en París, miembro de la Congregación de la Propaganda para la sección de los Asuntos orientales, escribe desde Roma, el 23 de noviembre, su profunda emoción. Sabiendo que el P. d'Alzon era robusto y vigoroso, no había creído las noticias de prensa sobre la gravedad de su enfermedad:

Hemos sufrido una gran pérdida, tanto su Congregación como la Iglesia de Francia e incluso la Iglesia universal. Que Dios le dé un sucesor penetrado del mismo celo y de la misma inteligencia. Y el cardenal no oculta al P. Picard que se refiere a él.

Monseñor Mercurelli, Secretario de los Breves a los Príncipes, conocido del P. d'Alzon por su servicialidad ante las Congregaciones romanas y por el interés que tenía por las religiosas de la Madre María Verónica Lioger, escribe desde Roma el 26 de noviembre:

No me sorprende que el buen P. d'Alzon haya tenido “la muerte de un santo”. El vivió en [sic] Dios, iba a Dios y no podía morir sino por Dios. Monseñor Mercurelli desea que el Capítulo General de elecciones dé a la Asunción un hombre de Dios tal como el pasado [sic], inteligente, previsor, firme, prudente y capaz de hacer frente a la actual tormenta. Y sin decirlo, está pensando en el P. Picard.

La estima de León XIII

Vamos a conocer los sentimientos de León XIII a través de monseñor Macchi, Camarlengo de su Santidad. Sabemos ya por monseñor Macchi que el Papa se había mostrado *muy apenado* el 18 de noviembre ante la noticia de la *grave y peligrosa enfermedad* del P. d'Alzon.

Después de la muerte del Padre, monseñor Macchi escribe, el 23 de noviembre, que el Papa ha quedado *muy afligido* por esta muerte:

Su Santidad se ha interesado vivamente por su dolor. Puedo asegurarles que ha demostrado en esta circunstancia una estima muy grande por el P. d'Alzon y que, muy conmovido, se ha dignado rezar por el reposo eterno de su alma, y me ha encargado enviar a los huérfanos una bendición especial.

Tras la elección del P. Picard, igualmente deseada por monseñor Macchi, escribe nuevamente el 30 de noviembre:

Su Santidad, con benevolencia muy particular para con su Congregación y para con usted, está muy satisfecho con su elección y, seguro de que usted será heredero de las virtudes y del celo del lamentado P. d'Alzon, le concede una bendición muy especial.

Esta estima por el P. d'Alzon, esta confianza en su sucesor y en la Asunción, León XIII la manifestaría nuevamente al P. Picard el 10 de mayo de 1881 durante la peregrinación de Nuestra Señora de la Salvación a Roma:

Sí, lo sé, lo han perdido; yo lo quería mucho. Ahora les toca a ustedes remplazarlo. Hay que conservar bien su espíritu, mantener el espíritu que él ha dado al Instituto: fervor, piedad,

amor a la Iglesia; pero no necesito insistir, le conozco a usted y conozco su adhesión a la Santa Sede; sus peregrinaciones a Roma cada año son prueba de ello. Lleve esta carga y forme a los religiosos en las ideas y el espíritu de su fundación.

CONCLUSION

Tales fueron hace cien años, el contexto y el desarrollo de los últimos días de la vida del P. d'Alzon, de su muerte y de sus funerales. Tal fue también el homenaje que se elevó sobre su tumba a penas cerrada.

Hemos reencontrado en boca de los testigos lo que dicen los biógrafos, exaltando la muerte en el campo de honor de aquél que estuvo siempre en la brecha. La historiografía puede tomar el acontecimiento e incluirlo en una visión más o menos amplia, más o menos contrastada de un catolicismo integral enfrentado a un laicismo no menos integral.

Tomando el acontecimiento a nivel de pura documentación y respetando el misterio en que desemboca toda vida, preferimos hablar solamente de la humilde grandeza de la muerte del P. d'Alzon.

Aparentemente, no se libró de nada de lo que comporta la debilidad de la vida humana cuando llega a su término: quebranto de la salud en el sufrimiento y la somnolencia, la pérdida de los amigos y la dispersión de los suyos, el fracaso en el servicio a una causa y la ruina de toda una obra de abnegación. Lo natural permanece, desenvuelto y jovial, enérgico y sensible al mismo tiempo. Pero la fe que tuvo, humilde y triunfante, le permitirá asumir el acontecimiento que le supera y cuyas etapas marca él mismo, hasta la última, la de la plena entrega de sí mismo a Dios, para todo, humilde y pacificada.

Entonces la oración de la Iglesia, y enseguida su acción de gracias, se eleva hacia Dios y se extiende de unos a otros. Este homenaje de solidaridad eclesial honra la que demostró el P. d'Alzon en vida. En efecto, con la Iglesia y durante el tiempo que le fue dado vivir, había compartido las expectativas y las aspiraciones del mundo respecto de las cuales acababa de vivir un momento dramático. En opinión de todos aquellos que lo habían conocido, era palpable –aunque cada uno lo decía a su manera y en *este año de 1880, tan cruel para la Iglesia de Francia*, en expresión de Mons. Besson–, que sólo había querido servir con la Iglesia a Cristo, su único Maestro y Señor, en la misión de Él recibida de salvar al mundo de sus miedos y de su suficiencia.

Pierre TOUVENERAUD, A.A.
Roma, junio de 1979